

Máximo:
el hombre sin el que no se puede escribir
la historia de Cuba

Máximo:
el hombre sin el que no se puede escribir
la historia de Cuba

María Luisa García Moreno

Evelio Toledo Quesada

*De Gómez vengo enamorado, y no puedo
recordarlo sin ternura.*

JOSÉ MARTÍ

Carta a Serafín Sánchez, 25 de julio de 1893

*Cuanto al mando supremo del ejército, que asume el mayor general
Máximo Gómez, no es para mí noticia nueva, yo fui el primero
en el destierro en darle mis sufragios y acatar su autoridad,
porque reconocía, como reconozco en él,
su indiscutible superioridad.*

ANTONIO MACEO

Carta al Consejo de Gobierno del 19 de noviembre de 1895

*Creo que la página más gloriosa del general Gómez [...] es aquella
en que se consigne que, habiéndolo nombrado la emigración cubana
General en Jefe de nuestro ejército [...] no bien llegó a Cuba,
lejos de prevalecerse de tal investidura, se despojó de ella,
dando las más elocuentes pruebas de proceder democrático [...]*

SALVADOR CISNEROS BETANCOURT

Carta a Tomás Estrada Palma

*Gómez ha paseado incólume sus banderas desde el extremo Oriente de la Isla
hasta el extremo Occidente, por entre nuestras fortalezas y columnas,
y aún las mantiene allí enhiestas.*

FRANCISCO PI Y MARGALL,
político español

Un modesto tributo al Generalísimo

Esta nueva obra, que nos entregan la conocida editora, correctora e historiadora, María Luisa García Moreno y el artista de la plástica Evelio Toledo Quesada, resume de forma directa y amena la fecunda vida de uno de nuestros grandes próceres, sin el cual, como expresa su título, no puede escribirse la Historia de Cuba.

Los actuales críticos y detractores de esta gran figura fracasarán también —como fracasaron los de su época— en los intentos por tergiversar y deformar la brillante ejecutoria del hombre que dirigió la primera carga al machete en las guerras por la independencia y consagró su vida a la liberación de Cuba y a su constitución en un Estado libre y soberano.

Al parafrasear su propio pensamiento en relación con la historia de la guerra de independencia de Cuba, podemos también decir, que el estudio de la vida y obra del general Máximo Gómez Báez, dominicano-cubano, devenido el más alto símbolo de la solidaridad internacional hacia nuestro pueblo en esa época, principal artífice del arte militar cubano y maestro de los más importantes jefes del Ejército Libertador, “es sin duda una de las más bellas leyendas que se puedan legar a nuestros hijos y a los hijos de los que vengan después”.¹

A través de sus páginas, expuestas de forma clara, precisa y amena, los lectores encontrarán una brillante síntesis de las etapas y los hechos más trascendentes de la vida del héroe, desde su nacimiento en el pequeño pueblo de Baní, Santo Domingo, hasta su fallecimiento en La Habana, Cuba, el 17 de junio de 1905. Junto a su contenido, la obra se ilustra con una novedosa colección de plumillas, bien logradas artísticamente, acerca de los diversos hechos y sucesos vinculados a la vida del insigne patriota.

Como bien se fundamenta en la obra el general Máximo Gómez, pertenece al selecto grupo de los iniciadores, de los que lucharon toda la vida, de los imprescindibles a la hora de escribir la historia de la gran epopeya de treinta años de intenso batallar por la independencia del colonialismo español.

A la Guerra Grande, le aportó, entre otros aspectos, sus experiencias en la lucha armada, la táctica para el empleo de las armas y los combatientes frente a un enemigo muy superior en fuerzas y medios, sus concepciones estratégicas para extender la guerra a todo el territorio nacional y su relevante contribución a la construcción del Ejército Libertador y a la formación de sus principales jefes; en los años del “reposo turbulento” lideró el llamado Plan Gómez-Maceo, para reiniciar la lucha, uno de los más completos y avanzados desde el punto de vista militar y, al fracaso de este en 1886, acudió al llamado de Martí para incorporarse a la guerra necesaria.

El apoyo de los principales jefes y veteranos de anteriores contiendas, entre ellos, el del general Máximo Gómez, figura de gran prestigio tanto en Cuba como en la emigración, fue considerado por Martí como uno de los pilares más importantes para el logro de la unidad revolucionaria. Por ello, luego de obtener la aprobación del Partido Revolucionario Cubano, se dirigió al legendario mambí para proponerle la jefatura de lo que él llamaba “ramo de la guerra”, con las siguientes palabras: “Yo ofrezco a Ud, sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres [...]”.²

Al llamado de Martí, respondió el general Gómez aceptando sin reparos el cargo para el que fue designado por el Partido Revolucionario Cubano.

¹ M. Gómez Báez: “Mi escolta”, *Obras escogidas*, selección, prólogo y notas de Ambrosio Fornet, Editorial de Letras Cubanas, La Habana, 1979, pp. 101-102.

² *Máximo Gómez en la independencia patria*, selección, prólogo y notas de Bernardo Callejas, Editorial de Letras Cubanas, La Habana, 1986, p. 141.

En su carta de respuesta, el viejo mambí expresó:

En cuanto al puesto que se me ha señalado al lado de Ud., como a uno de los viejos soldados del Ejército Libertador de Cuba, para ayudar a continuar la obra interrumpida, tan señalada honra, tan inmerecida confianza, no tan solamente deja comprometida mi gratitud, sino que al aceptar, como acepto tan alto destino, puede Ud. estar seguro, que ha dejarlo enteramente cumplido consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo, sin más ambición y sin otro interés, que dejar bien correspondida, hasta donde alcance la medida de mis facultades, la confianza con la que se me honra y distingue.³

En la Guerra de 1895, el insigne general en jefe se cubrió de gloria en la conducción de relevantes campañas militares, entre ellas, la Invasión a las provincias occidentales, la denominada Campaña de la Lanzadera en el territorio habanero y la famosa Campaña de La Reforma, un verdadero modelo de desgaste de las fuerzas del adversario, ya en los albores del derrumbe del colonialismo español.

Pero el general, no era solo el gran estratega, sino también el combatiente de primera línea que arengaba a sus soldados y marchaba al frente. En las tortuosas marchas del Ejército Libertador, las impetuosas cargas de la caballería y en el fragor de los combates, la blanca cabellera del general en jefe, señalaba siempre el sitio de vanguardia.

Con estos laureles terminó la guerra y pudo recibir en pueblos y ciudades incontables muestras de apoyo popular. La más fehaciente demostración ocurrió el 24 de febrero de 1899 cuando prácticamente toda la ciudad de La Habana se volcó a las calles para dar la bienvenida al invicto general en jefe del Ejército Libertador.

La talentosa poetisa cubana Luisa Pérez de Zambrana, describió en encendidos versos dedicados al héroe el apoteósico recibimiento de todo un pueblo volcado en las calles para rendir tributo al hombre de leyenda que representaba a sus ojos la independencia misma. Ella quiso reflejar la profunda admiración, respeto y agradecimiento de los cubanos hacia el insigne general del ejército mambí, quien, junto a Martí, Maceo y otros grandes libertadores caídos en la lucha, nos habían ganado la patria de pie.

En el siguiente fragmento de su poema “¡Ya llegas!”,⁴ la afamada poetisa escribió: “Con la diadema de laureles de oro,/ ¡gigante sol que en el ocaso brillas!/ ¡ya llegas bajo el arco de la gloria!/ ¡oh patria! ¡de rodillas!”

Ciertamente, tal como le señalara Martí, el general tuvo que enfrentar en varias ocasiones “la ingratitud probable de los hombres”, cuestión que llegó a su más alto nivel aquel fatídico 11 de marzo de 1899, cuando la Asamblea de Representantes del Ejército Libertador, bajo la presión de los ocupantes extranjeros y divididas sus filas, adoptó el infeliz acuerdo de destituirlo en el cargo de general en jefe. Sin embargo, ante este gravísimo error, de gran trascendencia política, ya que implicó el derrumbe de ese organismo ante la protesta popular, aceleró el licenciamiento del Ejército Libertador y abrió más las puertas en el plano político al surgimiento de la neocolonia, el legendario mambí se mantuvo al lado del pueblo y mediante un solidario manifiesto a la nación, expresó: “Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos. Prometo a los cubanos que, donde quiera que plante mi tienda, siempre podrán contar con un amigo”.⁵

Pero la profunda huella del gran libertador dominicano-cubano en las luchas por la independencia del yugo español y la deuda de gratitud de los cubanos hacia este eran realmente muy grandes y ya nadie podría borrarlas. Junto a sus aportes como brillante jefe militar el Generalísimo legó también a nuestro pueblo una copiosa obra patriótico-testimonial en la que se expresa su gran sensibilidad humana, sus concepciones éticas y su profundo pensamiento político-social.

Las páginas de este libro rinden tributo una vez más a esa gran figura vinculada indisolublemente a nuestro pueblo. Sin su nombre, como demuestran los autores, no puede escribirse la historia de la nación cubana.

DR. C. OLIVER CEPERO ECHEMENDÍA
La Habana, 8 de agosto del 2014.

³ *Ibíd.*, pp. 407-408.

⁴ L. Pérez de Zambrana: “¡Ya llegas!”, *Ibíd.*, p. 400.

⁵ Periódico *La Discusión*, 19 de marzo de 1899.

Admirable genio militar

El 17 de junio de 1905, falleció en La Habana Máximo Gómez Báez (1836-1905), artífice del arte militar cubano y maestro de los grandes jefes que libraron su batalla contra el colonialismo español en Cuba, sin otra escuela que la propia lucha.

Gómez es símbolo de internacionalismo y entrega total a la causa cubana. Durante todos los años que duró nuestra gesta libertaria estuvo a su servicio sin reclamar nada a cambio. No se puede escribir la historia de Cuba sin mencionar su nombre, sin contar alguna de las múltiples ocasiones en que brilló como ser humano, como soldado o como estratega.

De su sacrificio personal da testimonio su *Diario de campaña*; el 24 de febrero de 1898 escribió: “[...] He vivido 34 meses encima del caballo [...] Siento mi pobre cuerpo cansado de la fatiga y hace muchos días, que con el pretexto del frío, mi cama es el duro suelo, suavizado con pajas [...] La hamaca no me es ya cómoda, como lo era antes [...]”¹

Dueño de un extraordinario pensamiento estratégico, desde muy pronto Gómez comprendió la necesidad de llevar la guerra al occidente, de destruir la economía española, de enfrentar las grandes y lentas formaciones hispanas con una guerra irregular, de desgaste, de “muerde y huye”, en la que fue todo un maestro. De esa manera, el Ayacucho cubano sería la acumulación de escaramuzas, combates y acciones aisladas que, aunque dejaban al ejército español dueño del campo, le causaban un gran número de bajas y pérdidas materiales, mientras que los cubanos, una vez cumplido su objetivo se retiraban, casi sin daño, a pesar del superior poderío español.



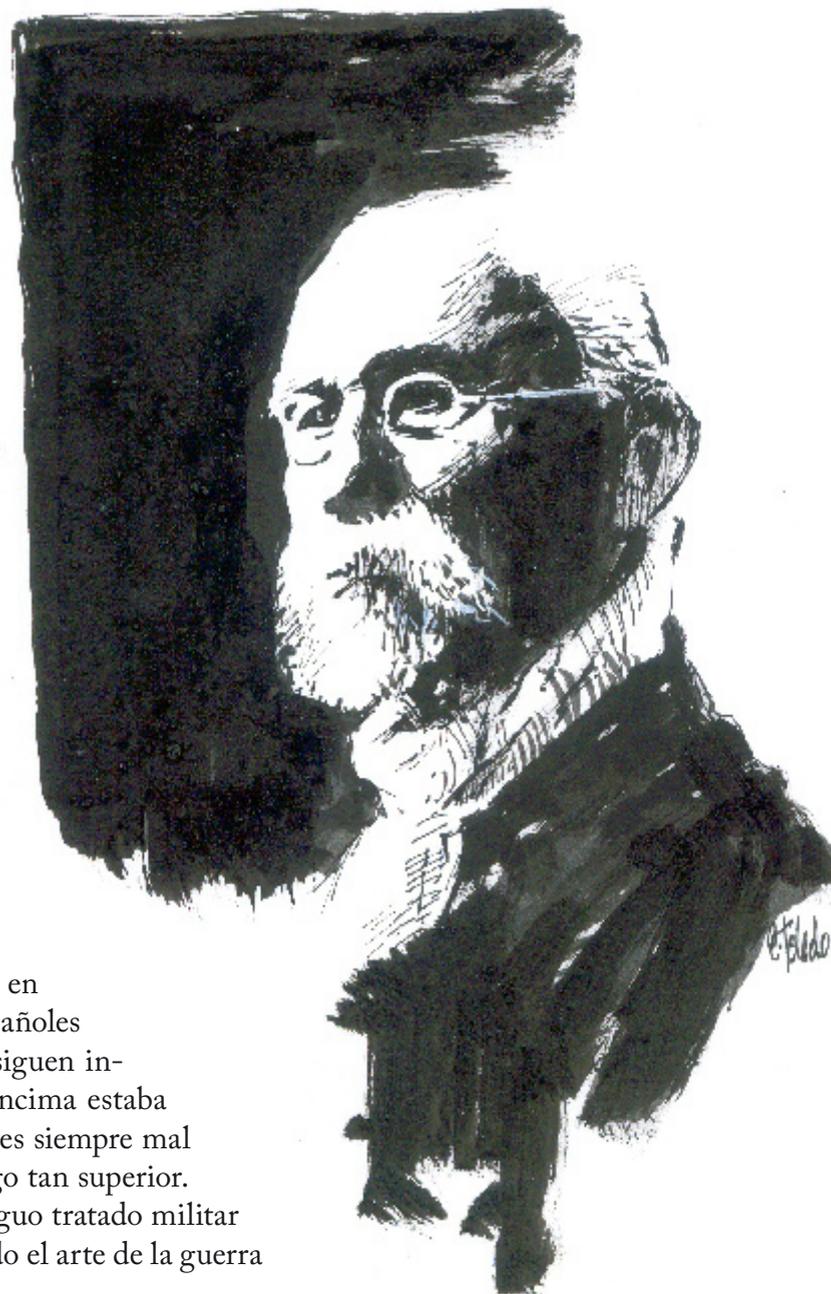
¹ Máximo Gómez: *Diario de campaña*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, p. 347.

Gómez poseía un gran conocimiento del terreno, en el que había combatido desde la Guerra Grande, muy raras veces consultaba mapas ni a prácticos. Aprovechaba el clima y el terreno como armas contra el enemigo, así como las plagas, las epidemias, los insectos...

Fue un ejemplo de disciplina y exigencia, ante todo, consigo mismo. Llevaba la dura vida de campaña y sufría los mismos sacrificios que cualquier soldado, a pesar de su cargo e, incluso, de su edad. Prueba de ello es la siguiente anécdota, que fue relatada por el dominicano Lorenzo Despradel Suárez,² uno de sus ayudantes: En cierta ocasión, Gómez dejó olvidados junto a un árbol algunos documentos, que más tarde un asistente tuvo que ir a recoger. Esa noche, cuando el cocinero le entregó la escasa ración, el general rehusó comer. Hasta varios meses después nadie supo la causa: Gómez se había autocastigado por olvidar aquellos papeles, obligándose a permanecer en ayunas.

Sus éxitos militares traían en jaque al ejército español; pero también dieron a conocer la guerra que los cubanos libraban al mundo entero y le trajeron a Cuba muchos simpatizantes. Así, por ejemplo, el 14 de enero de 1896, en el norteamericano diario *The Sun* apareció el siguiente comentario: “[...] la habilidad de la estrategia del jefe revolucionario jamás ha sido sobrepujada en ninguna guerra [...] Se acerca más a los prodigios de la leyenda que a los anales auténticos de nuestro tiempo. Gómez ha desplegado en toda esta campaña un admirable genio militar”.³ El propio Gómez en declaraciones a este periódico expresó: “Estos generales españoles carecen de originalidad [...] no conocen más que una táctica siguen inalterables la antigua rutina [...]”,⁴ lo que evidencia cuán por encima estaba su concepción estratégica y explica por qué con escasos hombres siempre mal armados y amunicionados se enfrentaba y burlaba a un enemigo tan superior.

Y es que como el general chino Sun Tzu, autor del más antiguo tratado militar —*El arte de la guerra* (500 a. n. e.)—, Gómez pensaba que: “Todo el arte de la guerra está basado en el engaño”.⁵



² LORENZO DESPRADEL SUÁREZ, Muley (La Vega, Dominicana, 1876-Santo Domingo, 1928). Maestro y periodista. Con apenas 20 años marchó hacia los campos de Cuba libre y se unió en Camagüey al general Gómez, de quien fue ayudante y secretario. Terminó la guerra con el grado de comandante. Su muerte, ocurrida en Santo Domingo de Guzmán, el 28 de julio de 1927, le impidió concluir su interesante libro *Máximo Gómez y la Campaña del 97*, publicado como anexo en la obra *Mis Relaciones con Máximo Gómez*, del italiano Orestes Ferrara, coronel mambí y controvertido personaje de la República.

³ Citado por Benigno Souza, 1948: *Ensayo histórico sobre la Invasión*, La Habana, 1948, p. 173.

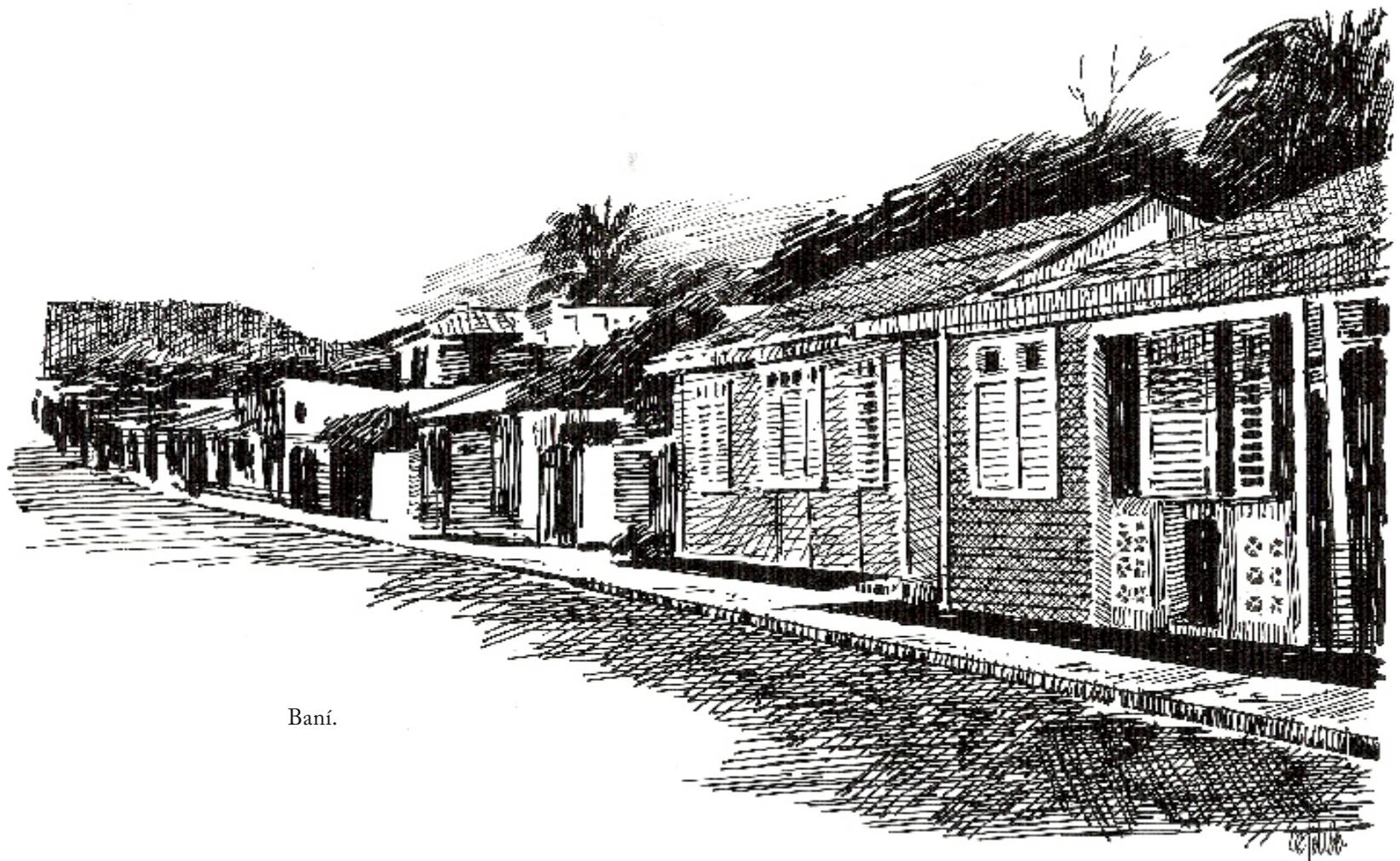
⁴ *Ibidem*, p. 224.

⁵ Sun Tzu: *El arte de la guerra*, Introducción y traducción al español realizadas por Antonio Rivas. En internet, consultado 20 de agosto del 2004.

El terruño natal

En Baní, humilde pueblecito de ganaderos del sur de Santo Domingo, “tierra de los hombres honrados y de las mujeres bonitas y juiciosas”,⁶ nació Máximo Gómez Báez, el último hijo del matrimonio integrado por Andrés Gómez Guerrero y Clemencia Báez Pérez. Su nombre sería como una premonición de su futura grandeza: Máximo.

De su nacimiento, nunca se halló el acta y la fecha estimada, 18 de noviembre de 1836, despertaba dudas entre algunos de sus contemporáneos, si bien, a falta de otros elementos, es la que el propio Gómez aceptaba y en la cual se dejaba congratular por familiares y amigos.



Baní.

⁶ Máximo Gómez: “Notas autobiográficas”, *Obras escogidas*, Letras Cubanas, La Habana, 1979, p. 27.

Su padrino Andrés Rosón, cura del pueblo, fue su único maestro y a él, como a los virtuosos padres, se debe la forja de aquel carácter.

En 1855, pasó por su pueblo una banda militar, que reclutaba jóvenes para integrar el ejército y, aunque la madre se desesperaba de angustia, su decisión inflexible de incorporarse a las fuerzas que enfrentarían la invasión haitiana contó con el apoyo del padre.

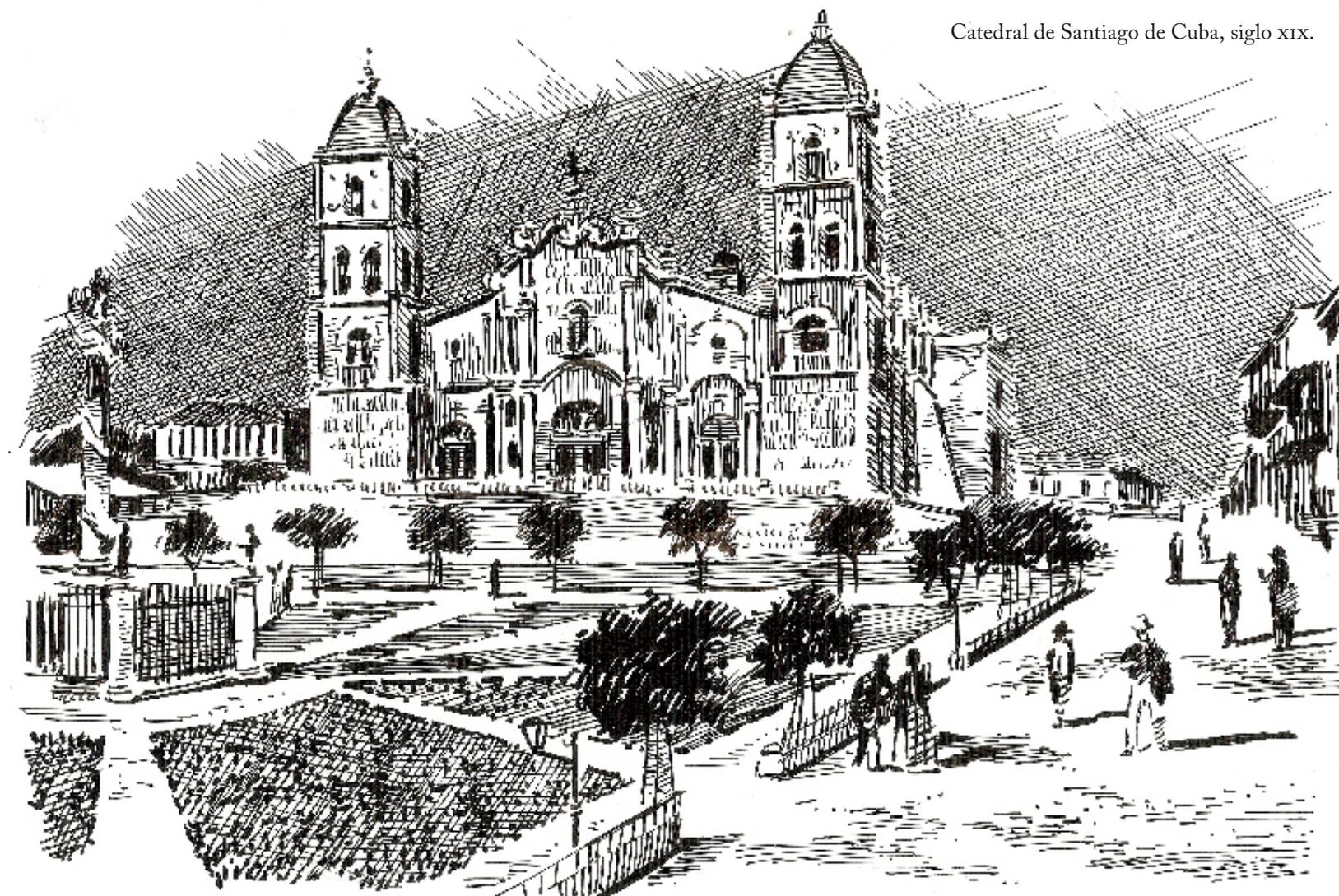
Estalló la guerra entre dominicanos y haitianos; en los campos de Santomé, en la frontera con Haití, recibió el joven alférez de caballería su bautizo de fuego y realizó su primera carga: los haitianos fueron deshechos. Aunque combatió junto a los vencedores; no pudo disfrutar el desfile de la victoria en la capital, pues su batallón permaneció de guardia protegiendo la frontera.

Por esta época se produjo el fallecimiento de su progenitor y el joven Máximo pudo llegar junto al padre, que lo aguardaba para morir. A partir de ese momento el patrimonio familiar se disolvió y la familia quedó en la miseria.

La situación política se tornaba compleja y muchos creyeron hallar remedio a sus males en la reincorporación a España. Así se produjo la anexión de la República Dominicana a la antigua metrópoli y las fuerzas dominicanas —y con ellas, Máximo Gómez— pasaron a la reserva del Ejército español. Gómez ostentaba ya el grado de capitán y, poco después, fue ascendido a comandante. Pero España traía sus bayonetas y volvía a comportarse como metrópoli.

En agosto de 1863 se alzó el país entero y Gómez se vio arrastrado a pelear junto a la nación a la que luego combatiría durante toda su vida. Cuando se produjo la separación entre ambas naciones y las tropas españolas fueron expulsadas, como otros oficiales tuvo que abandonar el país. Con las fuerzas hispanas llegó a Cuba el 13 de julio de 1865, acompañado de su madre y hermanas, y fue destacado en Santiago de Cuba.

Catedral de Santiago de Cuba, siglo XIX.



Cuba

Una vez en Cuba, las cosas no fueron más fáciles: escaso salario pagado siempre con retraso, maltratos, humillaciones y desconfianza por ser extranjero. Un buen día pidió su licenciamiento. Con su madre y sus dos hermanas, Regina y María de Jesús, buscó un sitio donde poder arrancarle a la tierra el sustento y se radicó en el caserío de El Dátil, muy próximo a Bayamo, donde ya por entonces corrían fuertes brisas libertarias.

Gómez sentía el dolor del hombre de campo y, sobre todo, la esclavitud. Ello lo acercó a los conspiradores, a pesar de que su reciente pertenencia al Ejército español despertaba algunas suspicacias. En la primavera de 1868 murió la anciana que le había dado el ser y pudo entregarse todo a otra madre: Cuba.

El 10 de Octubre se produjo el estallido redentor y Gómez —nombrado sargento mayor por el poeta José Joaquín Palma— llegó a Bayamo y se presentó ante Carlos Manuel de Céspedes, quien asesorado por otro dominicano, Luis Marcano, lo envió a Jiguaní, a servir a las órdenes de Donato Mármol. Su llegada ante Mármol no despertó ningún entusiasmo; pero Toñito Milanés, suegro de Donato, convenció a este de la necesidad de contar con alguien que supiera de guerra. De modo que se le puso al frente de la vanguardia y se le ordenó escoger 200 hombres.



Por el camino de Jiguaní hacia Bayamo marchaba la avanzada de Quirós, formada por dos compañías —la de la Corona y la Cuba—, para reconquistar la ciudad. El sargento mayor Máximo Gómez los esperaba desde la noche, con sus hombres agazapados a ambos lados del camino, cubiertos por la altísima hierba. Ya había decidido que la única forma de librar aquel combate era la lucha cuerpo a cuerpo, con el machete de trabajo convertido en arma de guerra...

Hacia el mediodía del 26 de octubre de 1868, aparecieron los soldados españoles, agotados por aquella marcha bajo el sol. Junto a la venta del Pino, un hombre —Gómez— saltó al camino gritando “¡Al machete!” y tras él, muchos otros, diestros en el manejo de aquella singular arma. Las dos compañías fueron literalmente exterminadas; su jefe retrocedió hacia Santiago seguido apenas por la tercera parte de sus fuerzas. Este exitoso resultado permitió recuperar Baire y dejó libre el camino hacia Bayamo, la capital de la Revolución; pero, además, dotó al Ejército Libertador de su arma y su táctica de combate. Máximo Gómez fue ascendido a general y se le asignó el mando de Jiguaní.

Pronto, el 11 de enero, Bayamo cayó y la población, para no rendirla de nuevo a los españoles, la entregó al fuego convirtiéndola en la ciudad antorcha.

En abril, los cubanos se reunieron en Guáimaro para elegir el gobierno y redactar la Constitución. Ya asomaban las primeras manifestaciones de desunión entre quienes estaban a favor o en contra de Céspedes, entre quienes aspiraban a dar forma republicana a la guerra o comprendían la necesidad de supeditarse al mando militar...

Mientras todo esto ocurría, Gómez permanecía con su tropa en la manigua, combatiendo; se esfumaba una y otra vez ante las propias narices del español Blas Villate de la Hera, conde de Valmaseda.

Convirtió la zona de Charco Redondo, en la Sierra Maestra, en su cuartel general y allí fue organizando un ejército con aquellos hombres inexpertos e indisciplinados.

En Charco Redondo, conoció a Bernarda Toro Pelegrín, Manana, hermosa y valiente joven, que junto a los suyos había convertido la manigua en hogar, luego de incendiar su casa.

El amor surgió entre ambos y en el campamento mambí contrajeron matrimonio el 4 de junio de 1870, de acuerdo con la legislación de Cuba libre. También allí nacieron sus primeros hijos, Margarita y Andrés, y aquellos padres sufrieron el profundo dolor de verlos morir.



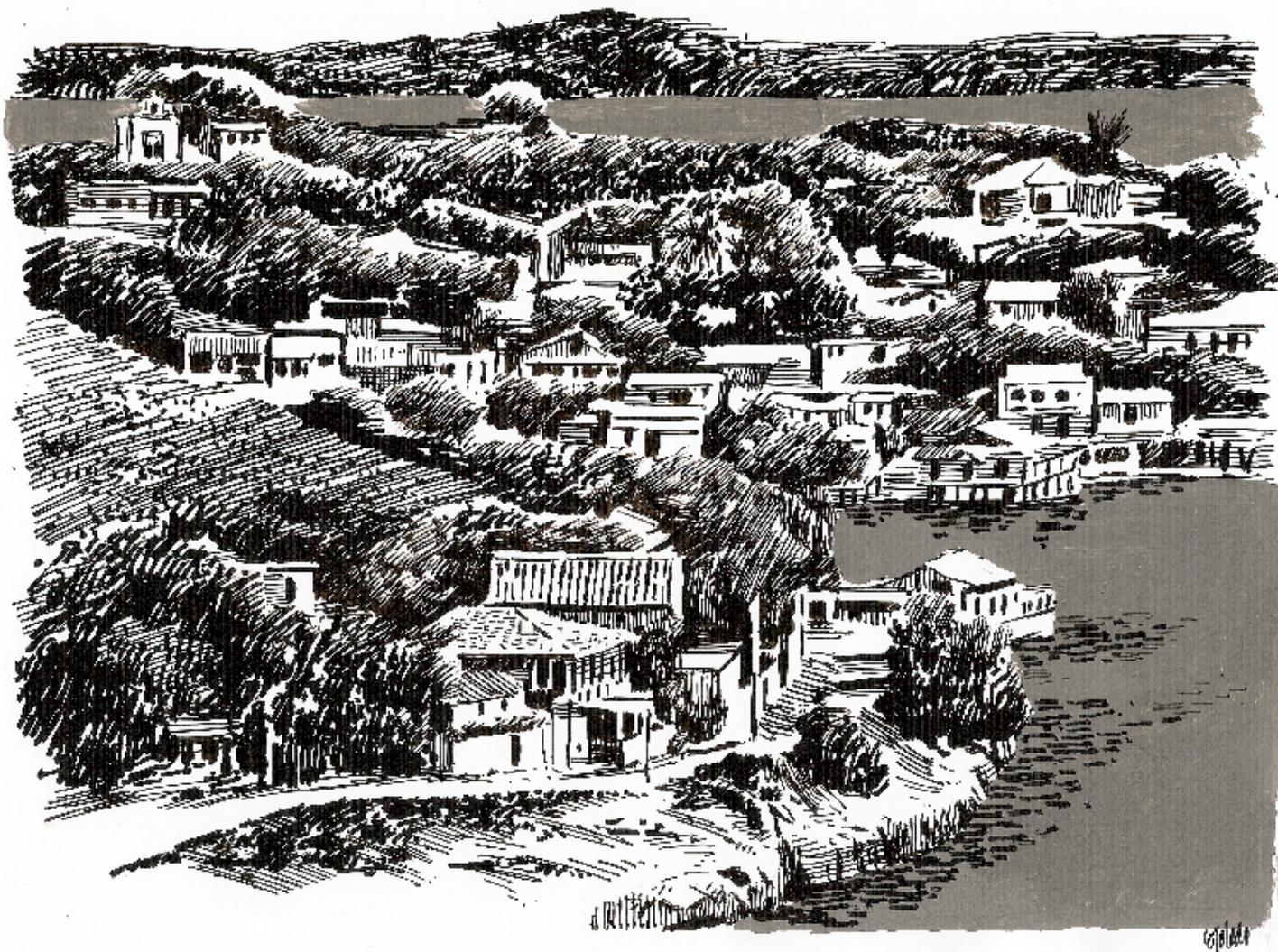
Manana.

Diez años de guerra

En enero de 1870, el general Máximo Gómez operaba en Jiguaní y en la zona del Cauto. Realizó diversas acciones combativas y en julio, tras la muerte de Donato Mármol, quedó al frente de la División Cuba —Baracoa, Guantánamo, Santiago de Cuba y El Cobre.

A los anuncios de pacificación de Blas de Villate, conde de Valmaseda, respondió demostrando que la revolución estaba viva. Para ello, combatió en Río Abajo, El Mijial, Pinalito, Majaguabo, El Cristal, Ti Arriba, Nuevo Mundo y La Socapa. Particular relieve tuvo el asalto a La Socapa ocurrido el 18 de diciembre. Para ese día, Valmaseda había dispuesto un Te Deum en la catedral de Santiago de Cuba, con el fin de celebrar la supuesta paz.

Gómez decidió atacar La Socapa al amanecer y, aunque los españoles, desde San Pedro del Morro y el crucero *Don Juan de Austria*, respondieron con fuego de artillería, no pudieron evitar que la guarnición fuera aniquilada. Con esta acción, quedó evidenciado que la “pacificación” de Valmaseda no era más que una mentira.



La Socapa.

Cuando esa tarde se celebró el Te Deum, Valmaseda tuvo que dedicarlo al ascenso al trono español de Amadeo de Saboya y a la terminación de una epidemia de cólera.

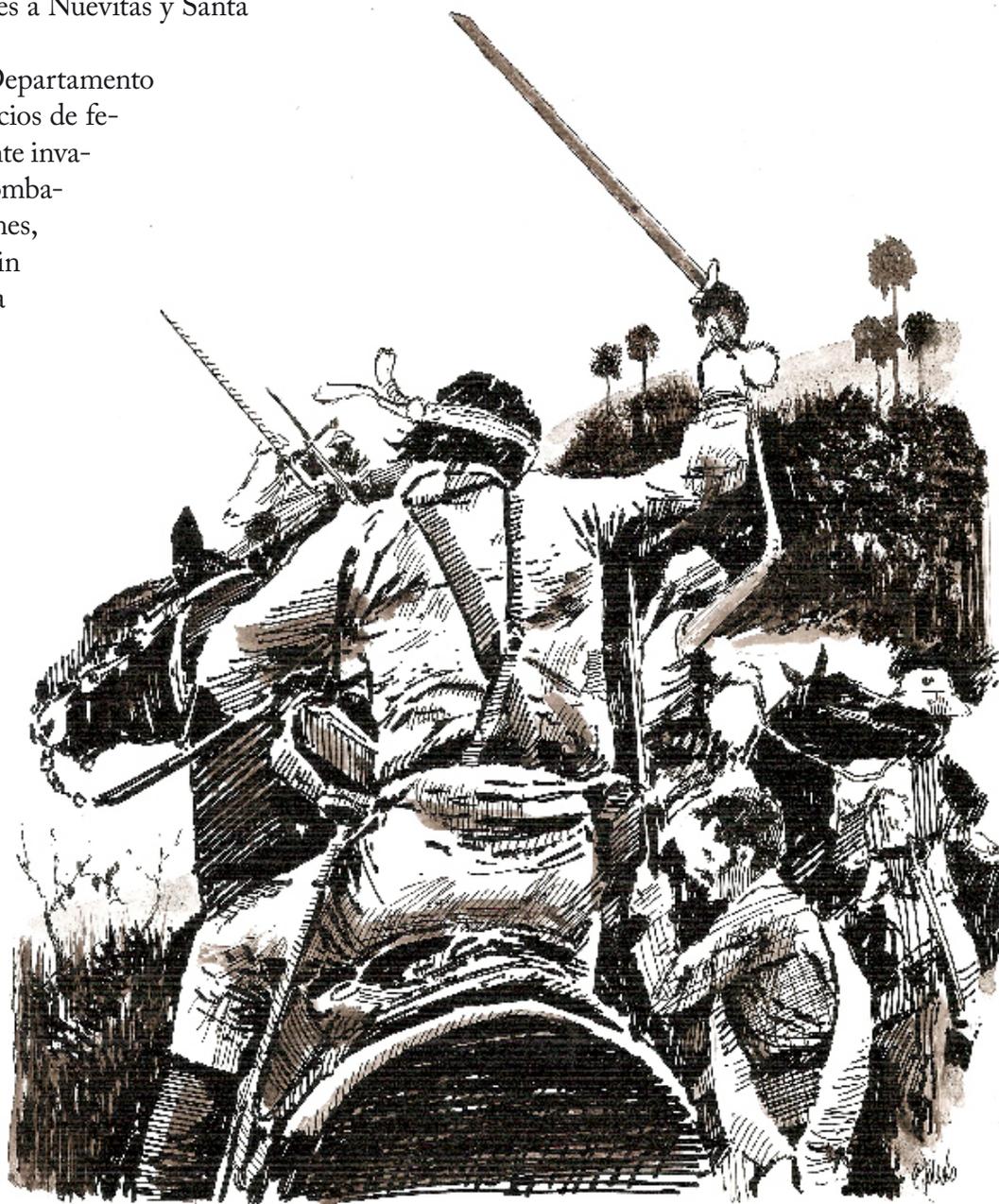
En 1871 atacó Guisa, preparó la invasión y campaña de Guantánamo, combatió en la loma de la Galleta y La Estacada. En 1872 llevó a cabo las acciones de los cafetales La Indiana, Dos Amigos y Oasis, así como el ataque a Tiguabos.

En junio de ese año fue destituido de su jefatura por desacuerdos con el gobierno y se retiró, con una escolta de doce hombres hacia Guantánamo, donde estuvo casi un año y combatió junto a las tropas de Antonio Maceo y Calixto García en el ataque a Holguín y Zarzal. El propio presidente Carlos Manuel de Céspedes, en junio de 1873, lo nombró jefe del Departamento Provisional del Cauto (Jiguani, Bayamo, Manzanillo y Las Tunas); pero antes de que pudiera ocupar el cargo, recibió la orden de sustituir al mayor general Ignacio Agramonte, caído en Jimaguayú.

De modo que asumió la jefatura del Camagüey en julio de 1873 y llevó a cabo una campaña, en la que sobresalieron los combates de La Luz, Atadero, La Sacra y Palo Seco, así como los ataques a Nuevitas y Santa Cruz del Sur.

A finales de 1873, fue nombrado jefe del Departamento Occidental —Camagüey y Las Villas—. A inicios de febrero de 1874 comenzó a preparar un contingente invasor para marchar hacia Las Villas. Libró los combates de Naranjo-Mojacasabe el 10 y 11 de ese mes, y entre el 15-19, Las Guásimas, victoria que, sin embargo, impidió llevar adelante la invasión a Las Villas. A inicios de 1875 decidió no continuar posponiéndola y, el 6 de enero, cruzó la temida trocha de Júcaro a Morón. En este territorio, peleó en El Jíbaro, vegas de Castaño, Ranchuelo, Río Grande, callejón de Camaguán, La Hungría y Arimao, entre otros. Tuvo que volver —a solicitud del Gobierno— para tratar de poner fin a la sedición de Lagunas de Varona y, a su regreso a Las Villas, encontró que los españoles la habían reforzado; no obstante llevó a cabo las acciones de Río Grande, Potrerillo, San Juan y loma del Jíbaro.

Sin embargo, a causa del regionalismo de los villareños, se vio obligado a entregar el mando al general Carlos Roloff. Cruzó una vez más la trocha. Esta vez, el Gobierno lo nombró secretario de la Guerra, cargo que ocupó hasta finales de 1877. Ya por entonces, la contienda bélica se acercaba a su fin.



Durante el reposo turbulento

El 11 de mayo de 1877, lanzó el mayor general Vicente García, su Manifiesto de Santa Rita; el gobierno de la República en Armas se tambaleó con la sedición y, en esas circunstancias, le ofreció a Gómez el cargo de general en jefe. Sin embargo, bien sabía Gómez que en tales condiciones no sería posible reestablecer la disciplina. El 31 de diciembre escribió en su Diario: “Se concluye el año, uno de lo más funestos para la revolución de Cuba, pues además de la terrible campaña que sostiene el general español Martínez Campos, con sus grandes recursos de hombres y dinero, los cubanos divididos y en desacuerdo han impreso un sello de debilidad y decadencia a la revolución que será muy difícil encarrilarlo por una vía segura a su triunfo”.⁷

Así, aunque el 4 y el 7 de febrero, Maceo obtuvo sonadas victorias en la llanada de Juan Mulato y San Ulpiano, el 10 se pactó con el enemigo: ese día, el Comité del Centro —sustituto de la Cámara de Representantes— y Arsenio Martínez Campos, capitán general de la Isla, firmaron el Pacto del Zanjón.

Gómez decidió marcharse de Cuba y Martínez Campos quiso entrevistarse con él; el encuentro tuvo lugar el 27 de febrero. El español lucía flamante en su uniforme de gala; el mambí, harapiento. A las propuestas de Martínez Campos, respondió: “General, no cambio yo por dinero estos andrajos que constituyen mi riqueza y son mi orgullo; soy un caído; pero sé respetar el puesto que ocupé en esta revolución[...]”.⁸ Convencido de que no lograría nada de él, el español le pidió el pañuelo destrozado como recuerdo. Gómez respondió: “Con gusto se lo doy y, no obstante ser tan poco, es mucho, porque no tengo otro”.⁹

Al abandonar Cuba, escribió: “[...] ¿cuál será mi destino después que he sufrido tanto y tanto en esa tierra en pos de la realización de un ideal que ha costado tanta sangre y tantas lágrimas? ¡Adiós, Cuba, cuenta siempre conmigo mientras respire —tú guardas las cenizas de mi madre y de mis hijos— y siempre te amaré y te serviré”.¹⁰

Sin recursos ni amigos, llegó con su familia a Jamaica. Le rodeaba la desconfianza de los cubanos, que lo responsabilizaban con el Pacto del Zanjón.

Jamaica, 1879.



⁷ Máximo Gómez: *Diario de campaña*, ob. cit., p. 133.

⁸ Benigno Souza: *Máximo Gómez*, Editorial Trópico, La Habana, 1986, p. 89.

⁹ *Ibidem*, p. 90.

¹⁰ Máximo Gómez: *Diario de campaña*, ob. cit.

Cerca de Kingston, en un sitio llamado Colbeck, arrendó un terreno, levantó una choza de paja para cobijar a los suyos y se aprestó a labrar la tierra. Manana lo ayudaba y le dio un sexto hijo: Urbano. Para ellos, Jamaica sería una durísima prueba.

Un día, recibió la visita de un amigo, el poeta José Joaquín Palma, aquel que en los albores de la Guerra Grande le otorgara su grado de sargento; ahora le ofrecía, en nombre del presidente de Honduras, un empleo como general de división y 60 libras mensuales para organizar una fuerza militar en Amapala.

Gómez dejó a los suyos en Jamaica y viajó a Honduras. Pronto se le reuniría en la nación centroamericana, Antonio Maceo, como comandante en Tegucigalpa.

Por esta época (1882), Gómez se dedicaba al cultivo de añil en San Pedro Sula; pero al año siguiente estuvo grave, enfermo de pulmonía. A su alrededor, comenzó a gestarse la conspiración.



Gómez en Honduras, 1879.

En el modesto hotel de madame Griffou, en el no. 21 de la calle 9, se alojaron Máximo Gómez y Antonio Maceo durante su estadía en Nueva York; el 2 de octubre de 1884, allí se vieron por primera vez los tres grandes próceres: los dos caudillos de la Guerra Grande y José Martí, el presidente de la Asociación Cubana de Socorros.

A propósito del viaje que realizarían Martí y Maceo a México, en la habitación del hotel Griffou, expresó el general las duras palabras que provocarían la separación de José Martí del plan liderado por ambos guerreros. Gómez y Maceo no habían comprendido aún la talla humana y la visión estratégica de José Martí; subestimaban a aquel civil que nunca había combatido.

Aquel día, Martí se marchó disgustado y dos días después dirigió a Gómez una severa carta, en la que expuso con firmeza sus criterios; las palabras de Martí hirieron profundamente al general; pero lo hicieron reflexionar...

Por entonces, inmerso en la conspiración, apenas había podido conocer a su séptimo hijo, Bernardo.

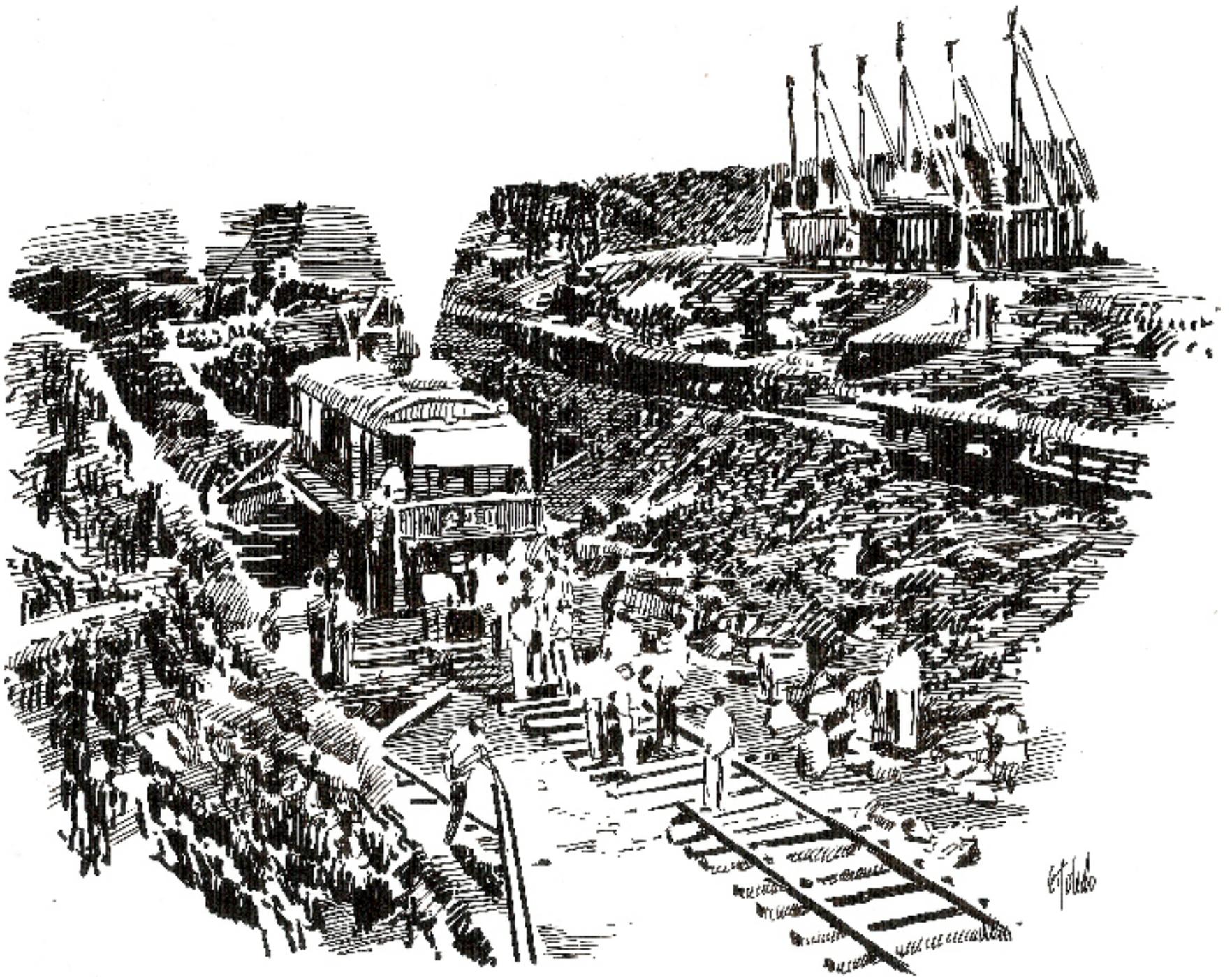
No obstante, lo rondaba el fracaso: las armas adquiridas fueron confiscadas por el gobierno colombiano y, luego de mil avatares, distribuidas entre las tropas del general Hereaux, en Dominicana.

Gómez fue encerrado en un calabozo y cuando luego de diez días, fue liberado, regresó a Jamaica para encontrar que los expedicionarios carecían de recursos.

Una vez más se recurrió a la generosidad de los patriotas del Peñón Heroico, mientras que Gómez y Crombet se dirigieron a Panamá en busca de recursos; pero todo había terminado: el Plan Gómez-Maceo había fracasado.



Hotel Griffou.



Era el año 1887. Panamá hervía con la construcción del canal y allí se reunieron, obreros a pie de obra, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Flor Crombet, Francisco Carrillo y otros patriotas cubanos... El trabajo era duro y el peligro real: la fiebre amarilla causaba innumerables muertes... Se afanaron en el trabajo y lograron reunir algunos ahorros.

Gómez marchó a reunirse con los suyos en Jamaica, donde nació su penúltimo hijo, Andrés.

La familia decidió viajar a Dominicana. Allí, una vez más, se dedicó a labrar el sustento de su familia. Juan Isidoro Jiménez, de Montecristi, le arrendó un terreno sobre el camino real a Santiago de los Caballeros, en Laguna Salada. A su finquita le puso un nombre que enlazaba pasado, presente y futuro: La Reforma. En Montecristi, levantó Máximo un hogar humildísimo de madera y zinc para los suyos.

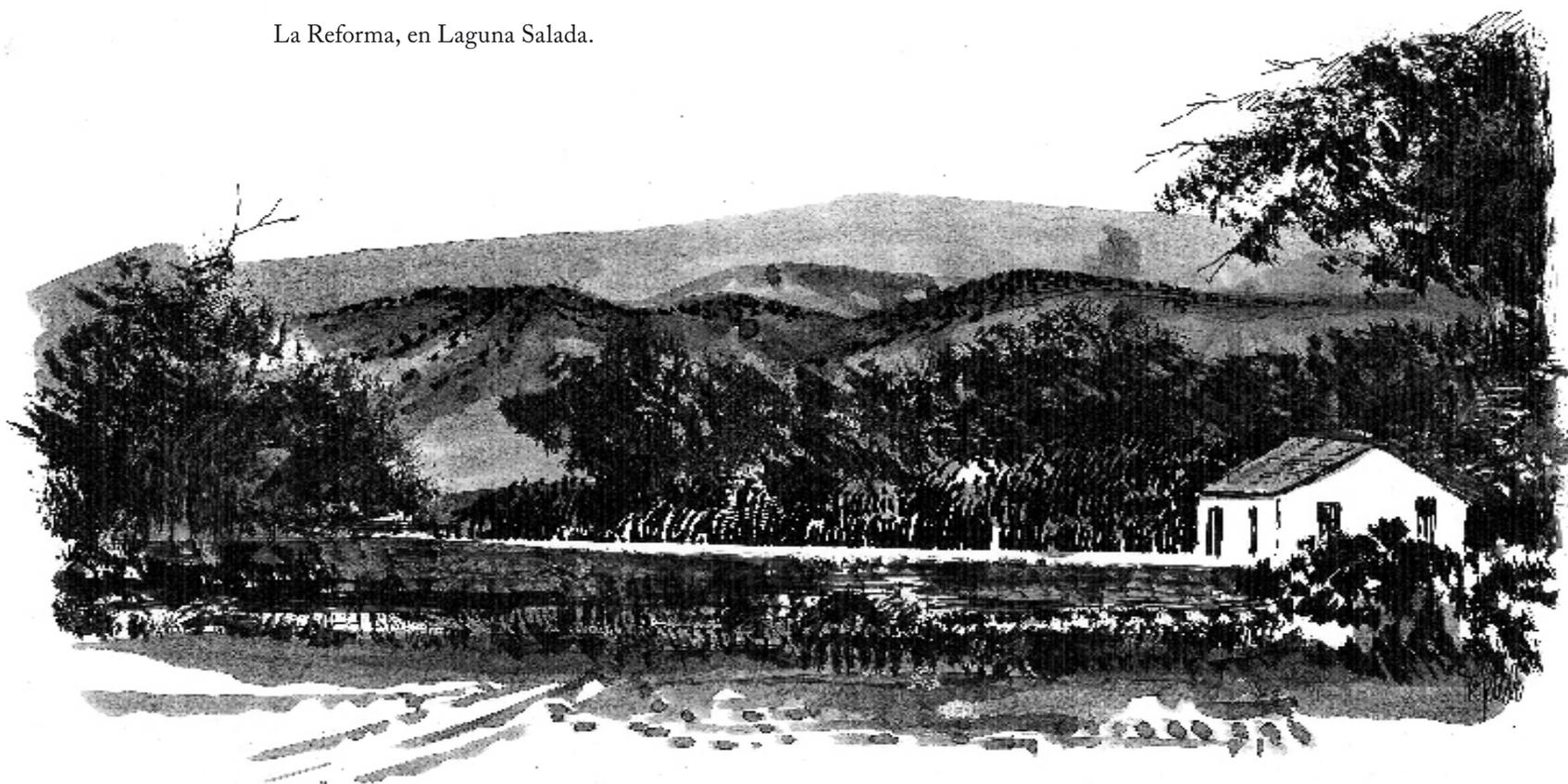
A caballo viajó Martí hacia Laguna Salada, donde se hallaba la finquita La Reforma, cuyas tierras se extendían hasta el lomerío de Ranchete. Allí lo recibió Máximo Gómez. El delegado del Partido Revolucionario Cubano y el viejo general, veterano de tantas batallas, conversaron largamente durante tres días con sus corazones en la mano y zanjaron sus desacuerdos, convencidos, además, de que, al fin, la hora había llegado.

Juntos partieron el día 13 hacia Santiago de los Caballeros, donde se alojaron en la casa del médico cubano Nicolás Ramírez, veterano de la Guerra Grande, quien tras la firma del Pacto de Zanjón se había radicado definitivamente en Santiago y había abierto una farmacia.

Fue precisamente en la casa de Ramírez, donde ese mismo día, Martí, a nombre del PRC, escribió la histórica carta: “El Partido Revolucionario Cubano [...] viene hoy a rogar a Ud. [...] que repitiendo su sacrificio ayude a la revolución, como encargado supremo del ramo de la guerra [...] Yo ofrezco a usted sin temor a negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”.¹¹

También en la casa de Ramírez, escribió Gómez, en misiva fechada el día 15, la sencilla respuesta en la que aceptaba la tremenda responsabilidad de conducir la guerra libertaria en Cuba contra el coloniaje español: “[...] Desde ahora puede Ud. disponer de mis servicios”.¹²

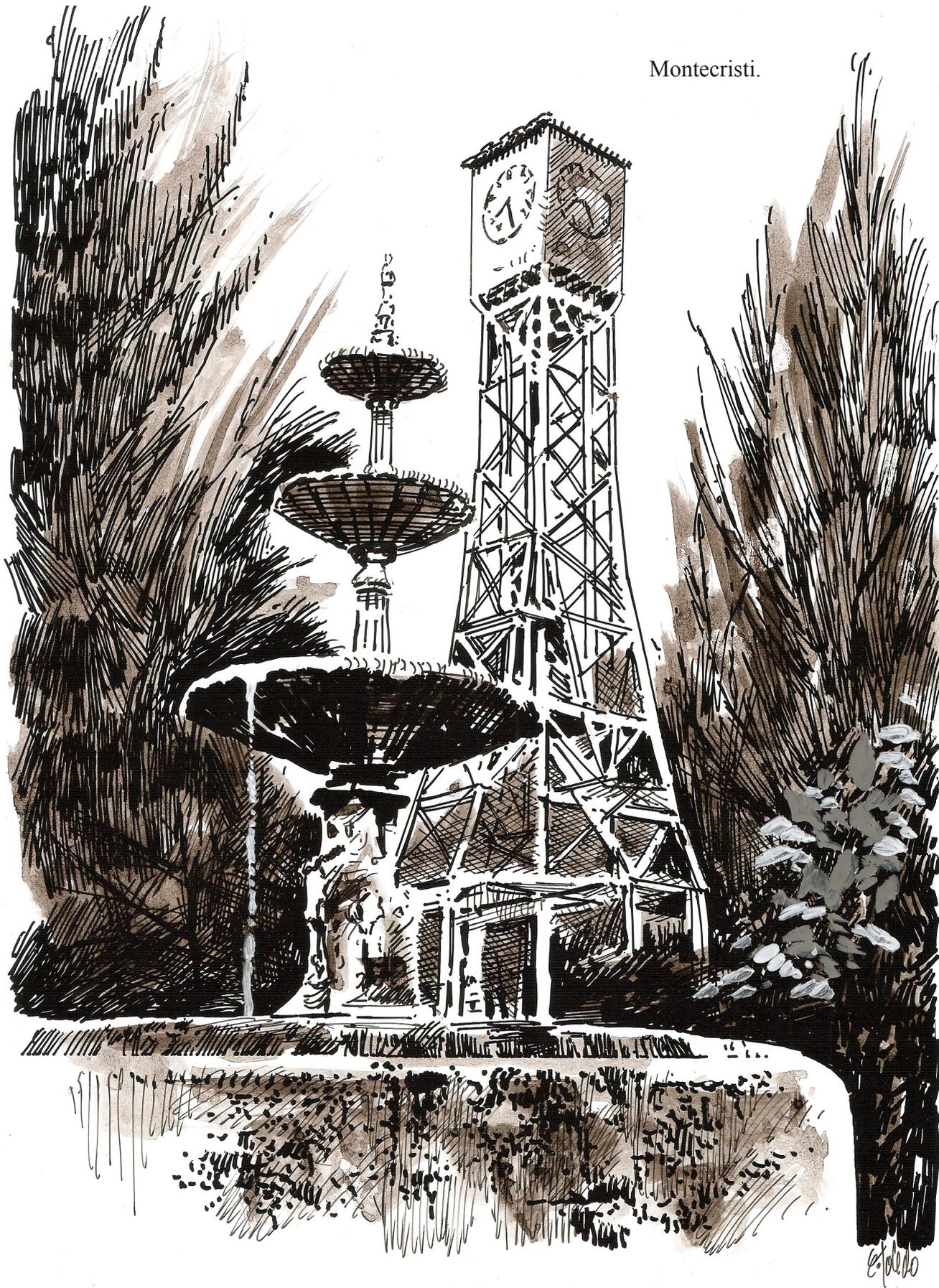
La Reforma, en Laguna Salada.



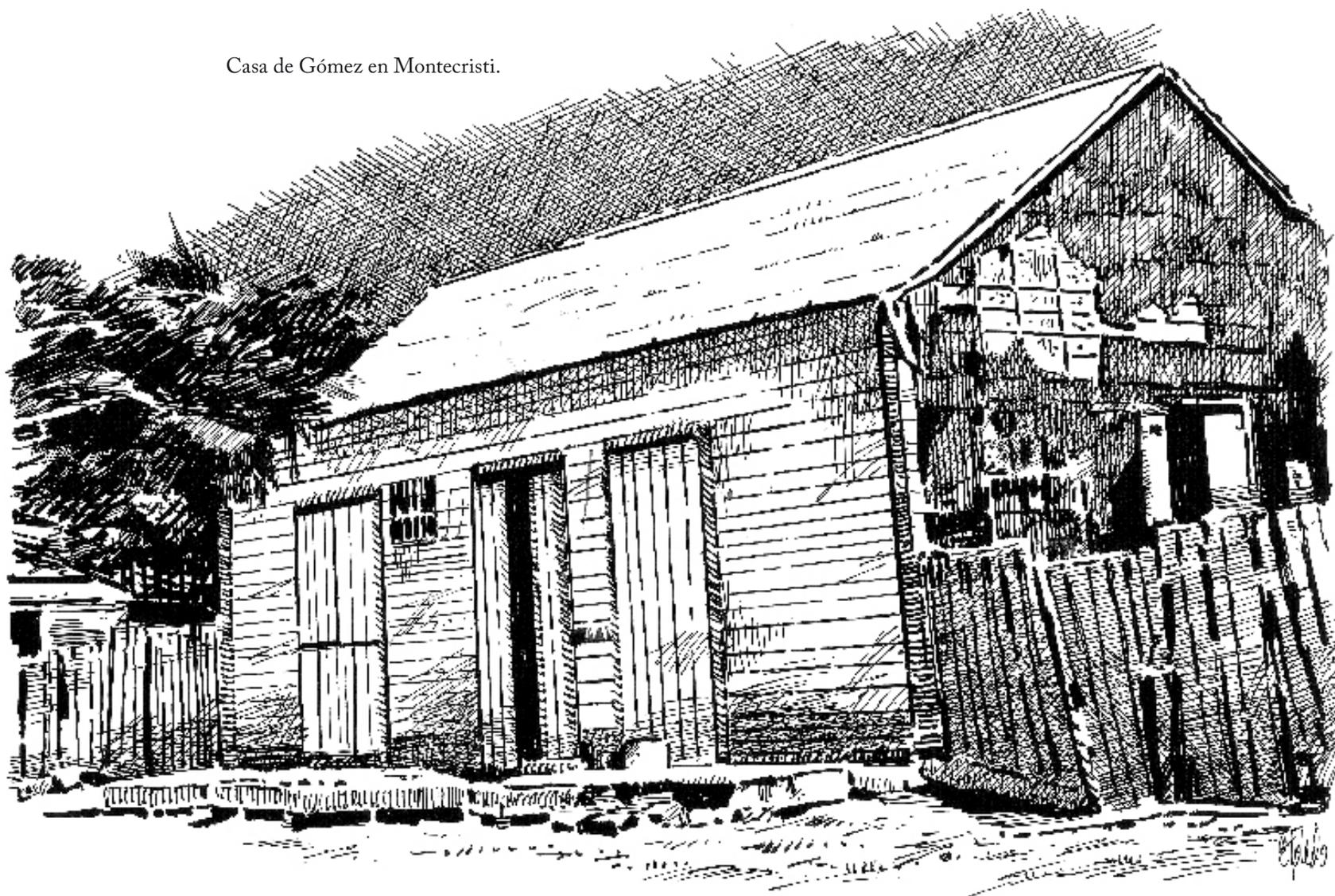
¹¹ José Martí: *Obras completas*, tomo 2, Centro de Estudios Martianos, Colección digital, La Habana, 2007, pp. 160-161.

¹² Ramón Infesta: *Máximo Gómez*, Academia de la Historia de Cuba, El Siglo XX, La Habana, 1937, p. 142.

Montecristi.



Casa de Gómez en Montecristi.

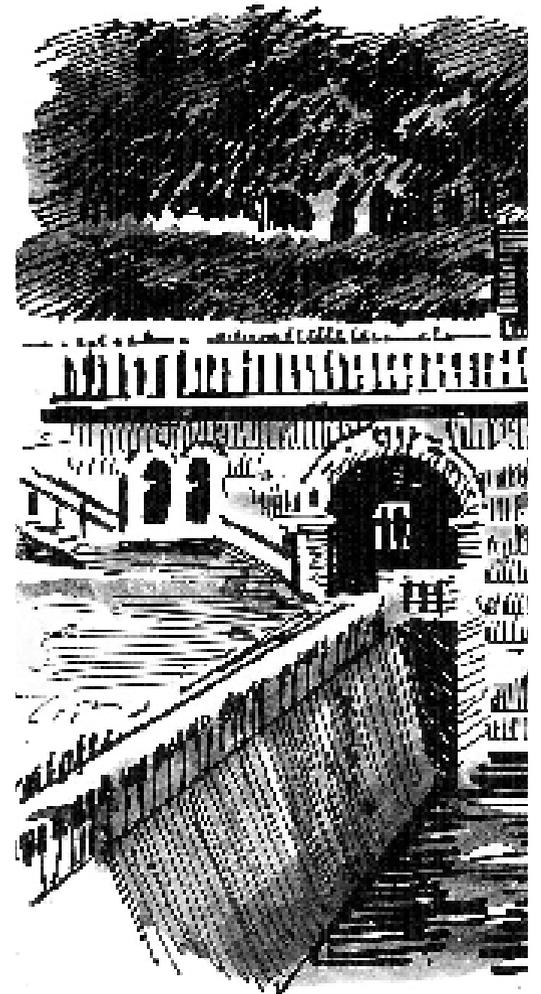


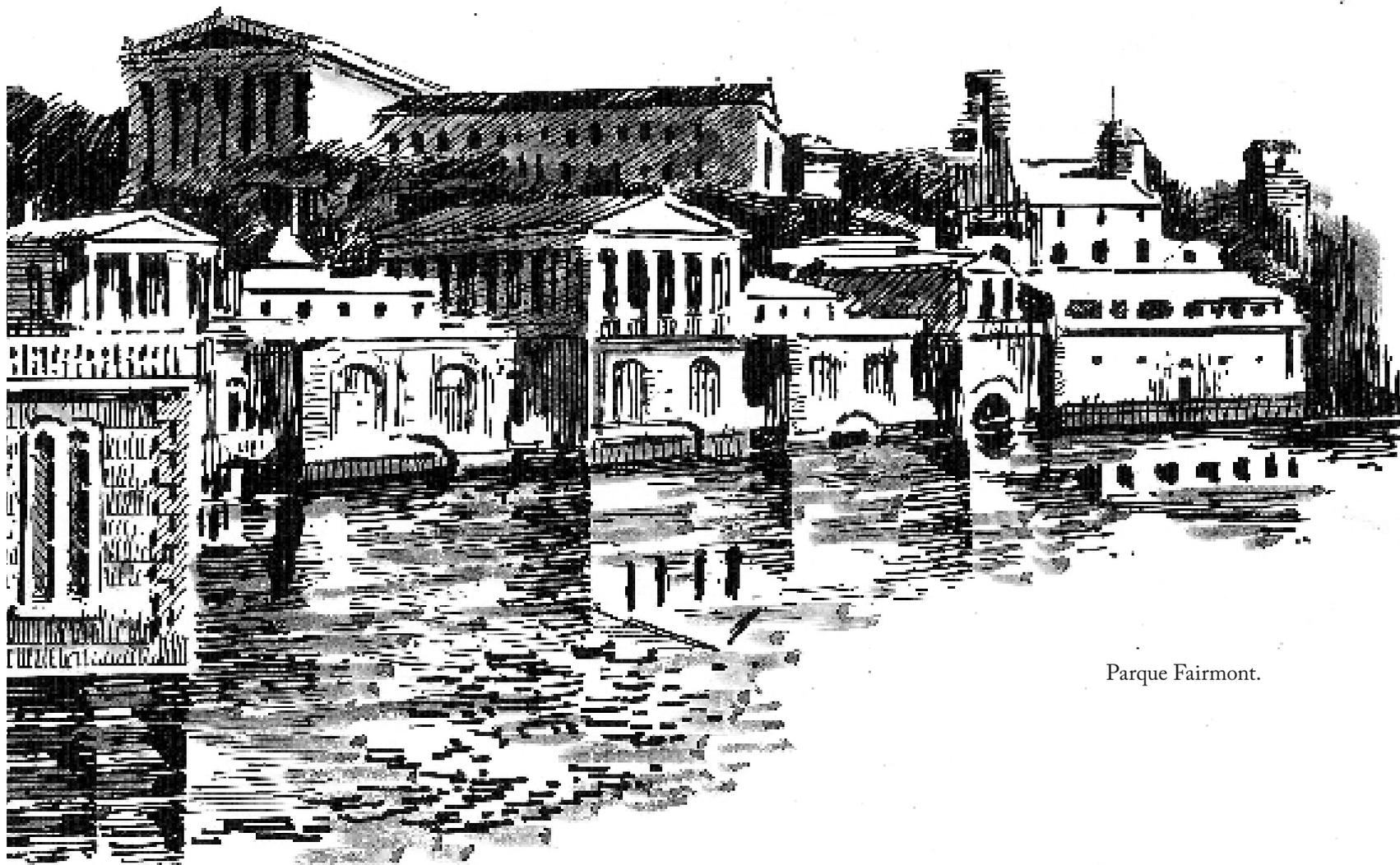
El 3 de junio de 1893, volvieron a encontrarse Gómez y Martí en Montecristi. El Delegado, luego de una intensa labor conspirativa, realizada entre los tabaqueros y otros patriotas que integraban el PRC, visitó al viejo general, para imponerlo acerca de todo el trabajo organizativo realizado en Tampa, Cayo Hueso, Ocala, Filadelfia... Conversaron acerca de la situación en Cuba y de la guerra que preparaban, de los próximos pasos...

El General constató que aquello que había escrito, cuando el fracaso del Plan Gómez-Maceo y que fue para él una dura lección, se hacía realidad: “[...] cuando se quiera principiar de nuevo, no se debe comenzar por pedir dinero; por ahí se debe concluir. Lo primero es organizarse [...]”.¹³

Dos días después, Martí se marchó en un bote rumbo a Cabo Haitiano. Gómez, seguro de que el momento se acercaba, revitalizaría sus contactos con los jefes que estaban dentro y fuera de la Isla, y les haría llegar una circular que les recordaba sus deberes para con la Patria. A través de Martí, en quien confiaba plenamente, conocía los planes y tareas, tanto como la más elemental discreción permitía.

¹³ Máximo Gómez: Carta a Eusebio Hernández del 16 de diciembre de 1886, en: Ramón Infesta, ob. cit., p. 135.





Parque Fairmont.

En abril decidió viajar a Nueva York, acompañado de Panchito. Necesitaba palpar cómo andaban los preparativos. Martí los recibió lleno de alborozo. La presencia de Gómez fue, sin lugar a dudas, un significativo espaldarazo a la labor martiana. El general en jefe y el Apóstol trabajaron incesantemente y pusieron a punto los planes de guerra.

Luego de que el 10 de abril, Martí fuera reelegido por unanimidad delegado del PRC, partió el día 14 hacia Filadelfia acompañado por el general Máximo Gómez, su hijo Panchito Gómez Toro y otros patriotas.

Al día siguiente, en la mañana, participaron en una calurosa recepción que los veteranos de la caballería estadounidense ofrecieron al general. Después visitaron la redacción del periódico *Ledger* y el parque Fairmont, zona verde que se extiende por más de 1 600 hectáreas y que comprende decenas de parques, cientos de senderos, vías fluviales, jardines y museos.

Tras el fracaso del Plan de Fernandina, Martí, como delegado del PRC, tomó la decisión de mantener los planes de guerra; firmó la Orden de Alzamiento (29 de enero) y partió de Nueva York (30) en el vapor *Athos*, para reunirse con Máximo Gómez.

Al amanecer del 7 de febrero y luego del abrazo de bienvenida, Martí informó al viejo general acerca del revés sufrido y de la comprometida situación en que se hallaban para marchar a Cuba, escasos de fondos y estrechamente vigilados. Juntos deliberaron acerca de los pasos que deberían dar. Febrero y marzo fueron para ellos meses difíciles, pues carentes de recursos debieron preparar la expedición que los trasladaría a la Patria y conseguir, además, dinero para la que llevaría a los Maceo, Flor Crombet y otros desde Costa Rica.

El 25 de marzo, en la humilde casa de Gómez, se firmó el *Manifiesto de Montecristi*, trascendental documento, que anunciaba al mundo el carácter generoso y justo de la guerra necesaria e inevitable que había estallado el 24 de febrero.

Por esta playa, el 1º de abril, Gómez y Martí partieron de Montecristi rumbo a Cuba en la goleta *Brothers*, junto con Francisco Borrero, Ángel Guerra, César Salas y el dominicano Marcos del Rosario. Según refirió Gómez en su *Diario...* 33 horas después arribaron a Inagua. Sin embargo, el capitán Bastián, los delató ante las autoridades del puerto. Gracias a la gestión del cónsul de Haití en Gran Inagua, en la tarde del día 4, conocieron a Heinrich J. Th. Löwe, capitán del carguero alemán *Nordstrand*, que hizo escala en el puerto y lo convencieron para que los llevara primero a Cabo Haitiano y, luego, los dejara cerca de las costas cubanas.

El 5 se hallaban a bordo del *Nordstrand*, y el 6, en Cabo Haitiano, donde tuvieron que ocultarse hasta el miércoles 9, cuando embarcaron de nuevo. Sobre las dos de la tarde del jueves 10, partieron con destino a Inagua. El barco llevaba su carga de obreros a la vista y, escondida, la preciosa carga de héroes.



En guerra una vez más

En la oscuridad, Máximo Gómez, José Martí y sus compañeros avistaron desde la cubierta del carguero alemán las montañas del sur de Oriente. Alrededor de las ocho de la noche, la nave se detuvo a unas tres millas de la costa. El capitán Löwe vacilaba en permitirles abandonar la embarcación, pues la mar estaba brava y temía por sus vidas; pero Gómez, enérgico, ordenó abordar el frágil barquichuelo y, sin pensarlo de nuevo, dio el ejemplo.

Una vez en el bote, remaron durante unas dos horas, zarandeados por la furia de las olas y por su propia inexperiencia como marinos, y, al fin, exhaustos pero satisfechos, arribaron a tierra cubana. Los seis expedicionarios desembarcaron alrededor de las diez y media de la noche —según refiere Gómez en su *Diario...*—, por Playitas, en la costa sur de Oriente, entre Maisí y Guantánamo, cerca de Cajobabo.



Esa noche descansaron donde pudieron, a la intemperie; pero en Playitas, eran esperados por los vecinos de la zona, quienes los protegieron y guiaron... Por esos días, las escuadras de Guantánamo, integradas por guerrilleros al servicio de España, buenos conocedores de la zona, seguían con saña a los Maceo, Flor Crombet y sus compañeros de expedición. ¿Acaso no perseguirían de igual modo al general en jefe y al delegado del Partido Revolucionario Cubano?

Comenzaría la ardua caminata por aquellas serranías orientales. y en la mañana del día 13, supieron de la presencia en la zona del comandante Félix Ruenes y partieron en su búsqueda.



Un minuto para el descanso.



Se encontraron con los diez hombres que formaban la avanzada de Ruenes y junto a ellos llegaron al rancho de Tavera, donde acampaba la guerrilla. Fueron recibidos con entusiasmo.

Al atardecer, Gómez, Paquito Borrero, Ángel Guerra y Ruenes se apartaron de Martí; pero un rato después lo llamaron y el general en jefe le anunció su nombramiento como mayor general del Ejército Libertador en reconocimiento a sus extraordinarios méritos en la preparación de la guerra. Emocionado, Martí recibió el grado militar como un alto honor, y en una carta escrita al día siguiente a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra expresó: “[...] De un abrazo igualaban mi pobre vida a la de sus diez años [...]”¹⁴

¹⁴ José Martí: Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, 16 de abril de 1895, *Obras escogidas*, tomo 3, 1992, p. 566.



Continuaron su avance por aquellos caminos infranqueables...

Supieron de la dispersión de la expedición desembarcada por Duaba y de la muerte de Flor... El 24 de abril, sobre las once

de la mañana, escucharon el fragor de un combate cercano. Luego supieron que las fuerzas de José Maceo —recién incorporado tras su “odisea” y aún lleno de golpes y lastimaduras, pero entero—, venían en su busca y se habían enfrentado al adversario español en un cruento combate del que resultaron vencedoras. Concluida la acción, ambos grupos se reunieron: alegría por el encuentro y tristeza por la muerte de los hermanos...

Citados por Antonio Maceo, avanzaron; el Titán de Bronce les salió al paso y los condujo al ingenio La Mejorana, donde los esperaba un abundante almuerzo. Allí conversaron las tres grandes figuras de la guerra y se evidenciaron discrepancias entre ellos con respecto a la forma de gobierno: el Héroe de Baraguá —herido por lo ocurrido durante la Guerra Grande y la Guerra Chiquita— era partidario de una junta de generales. Por su parte, Martí consideraba que debía establecerse un gobierno civil que, sin embargo, no restara libertad al mando militar.

Nada más se sabe hasta hoy de esta reunión. Gómez, como de costumbre, fue parco en su diario y por el de Martí solo se conoce lo que escribió el día 5, dolido por la incomprensión de Maceo.

A partir de ese momento, Gómez continuaría su marcha hacia el Camagüey, a fin de levantar la provincia en armas y activar las acciones de guerra, y Martí lo acompañaría; en el trayecto se entrevistarían con Bartolomé Masó.

La muerte prematura de Martí en Dos Ríos, causaría gran dolor a Gómez: “Esta pérdida sensible del amigo, del compañero y del patriota [...] abrumó mi espíritu a tal término, que [...] me retiré con el alma entristecida./ ¡Qué guerra esta! [...] Ya nos falta el mejor de los compañeros y el alma, podemos decir, del levantamiento”.¹⁵

¹⁵ Máximo Gómez: *Diario de campaña*, ob. cit., p. 285.

Gómez se encaminaba hacia Camagüey. Estaba profundamente afectado y enfermo; pero continuó adelante. Sabía que en Guáimaro los españoles habían concentrado un ejército de más de dos mil hombres; pero continuó adelante. Su escolta titubeaba y el general anunció que, si era necesario, cruzaría solo. Decididos por la intervención de Paquito Borrero que los avergonzó, todos cruzaron a nado el río Jobabo el 6 de junio y, cuando los españoles se vinieron a dar cuenta, ya el general en jefe estaba rodeado por los mejores hombres del Camagüey.

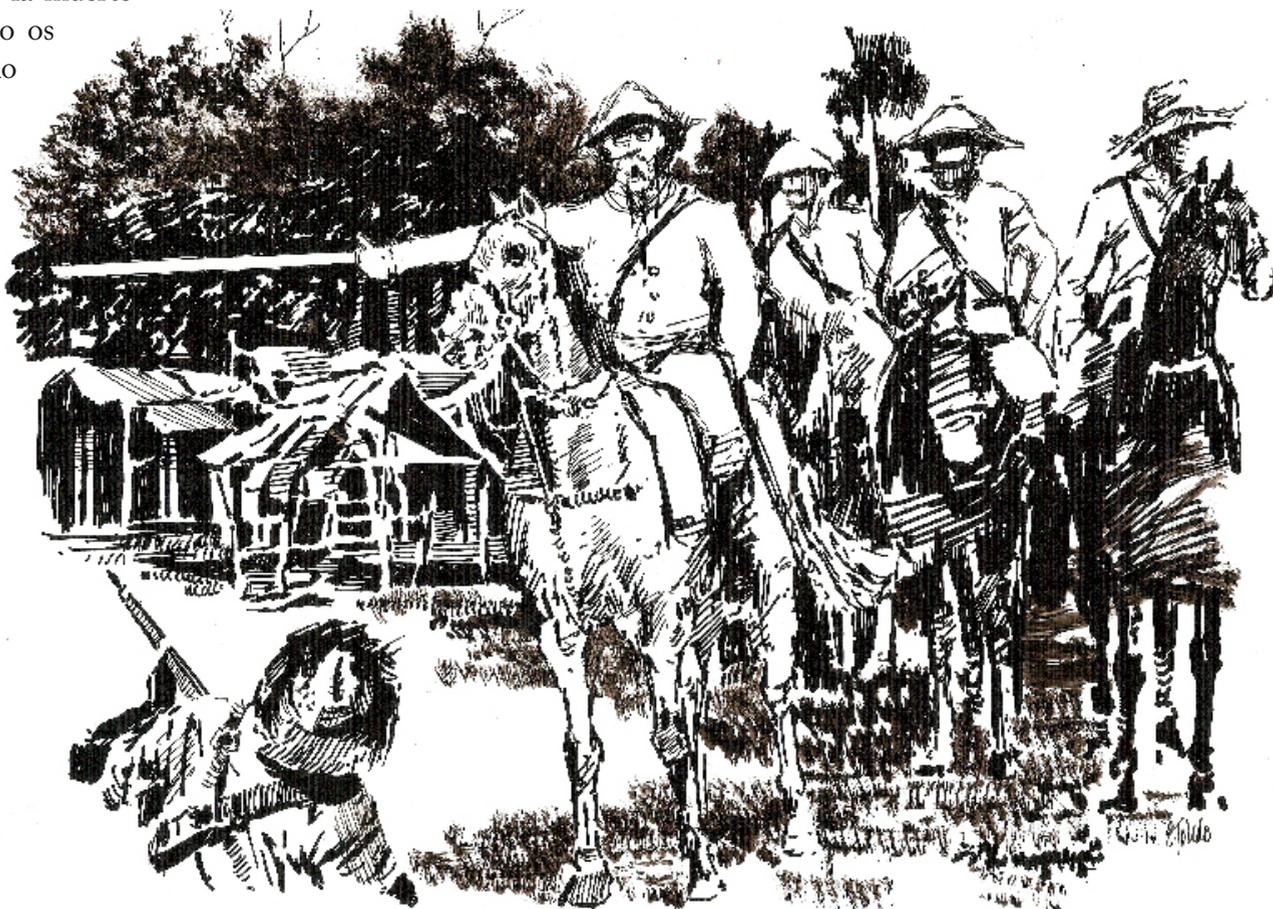
Se mantuvo combatiendo en un pequeño espacio hasta octubre y en ese periodo realizó acciones tan notables como Alta Gracia, La Ceja, El Mulato, La Larga, San Jerónimo, Cascorro, San Miguel de Nuevitas, Guáimaro, Jobabo y Jimaguayú, todas alrededor de Puerto Príncipe, donde el capitán general Arsenio Martínez Campos había situado su estado mayor: Gómez logró conquistar Camagüey en apenas dos semanas. Ahora concedería un receso, en el que cedió el accionar al general septiembre, con sus aguaceros, lodazales y enfermedades.

El 19 de septiembre se encontraba en Jimaguayú, donde el recién creado Consejo de Gobierno ratificó su cargo de general en jefe del Ejército Libertador, concedido por el Partido Revolucionario Cubano en la emigración.

Más adelante, el 30 de octubre, cruzó la trocha de Júcaro a Morón y pasó a territorio villareño, donde combatió en Las Delicias, La Campiña, Monte Oscuro y atacó los fuertes Pelayo y Río Grande. El 29 de noviembre se reunió con Maceo, que había partido el 22 de octubre desde Mangos de Baraguá, en el campamento de Lázaro López y, al día siguiente, las fuerzas que componían el ejército invasor se hallaban formadas en aquella extensa sabana, esperando la orden de marchar. Desde su caballo, Gómez arengó a la mambisada:

¡Soldados!:

La guerra empieza ahora. La guerra dura y despiadada [...] solo los fuertes y los intrépidos podrán soportarla. En esas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate, será un día perdido o mal empleado. El triunfo solo podrá obtenerse con el derramamiento de mucha sangre.

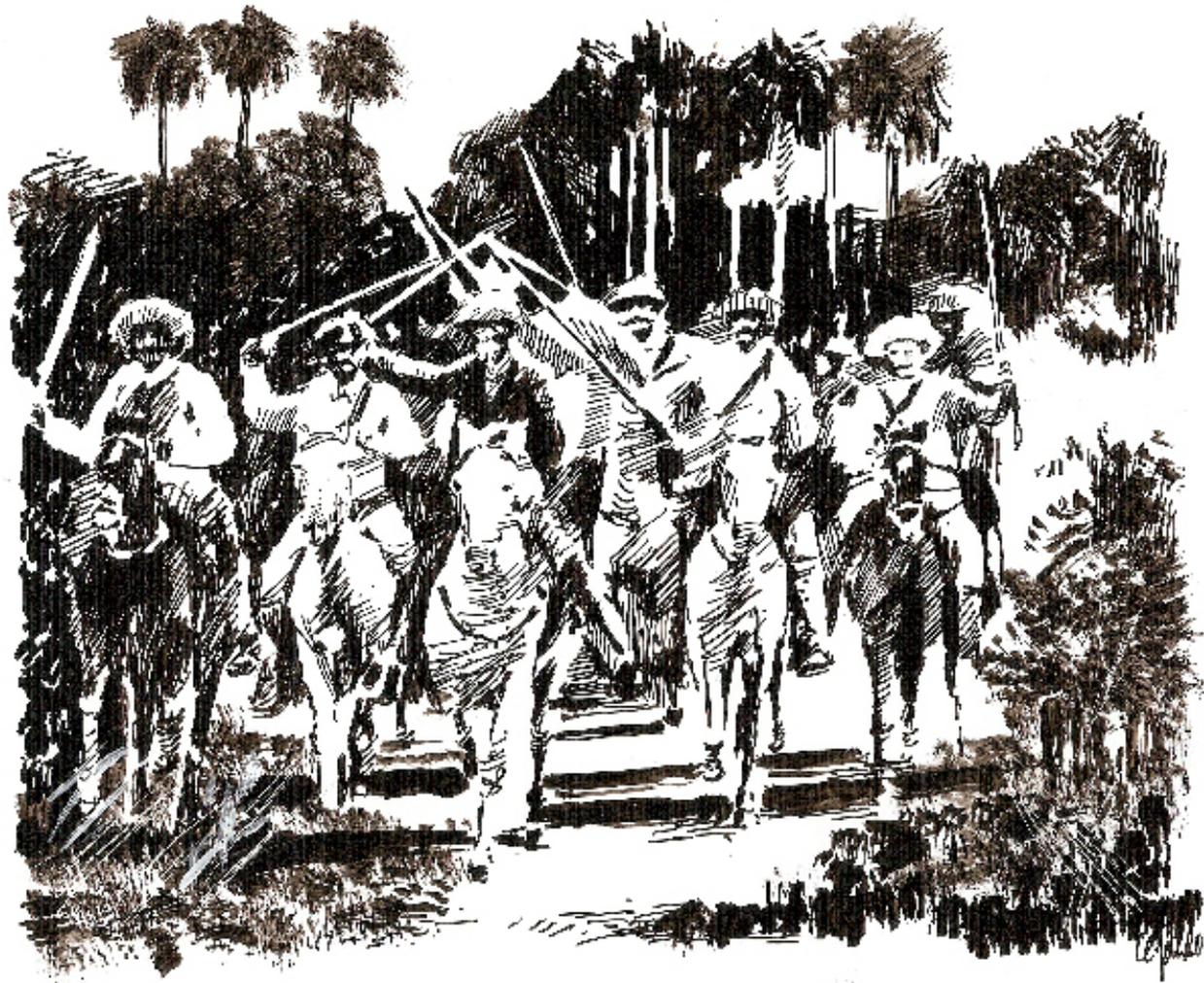


¡Soldados!, no os espante la destrucción del país; no os extrañe la muerte en el campo de batalla. Espantáos sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba, si por nuestra debilidad España llegara a vencer en esta contienda.

[...]

¡Soldados!, llegaremos hasta los últimos confines de Occidente, hasta donde haya tierra española: ¡allá se dará el Ayacucho cubano!¹⁶

Bajo las órdenes de ambos generales, se libraron los combates de Iguará, Casa de Tejas, El Quirro, Mal Tiempo, y La Colmena y Coliseo, ya en Matanzas. Entonces, el alto mando de la columna invasora pondría en práctica la Contramarcha Estratégica y figurían un retroceso, que los llevaría hasta las cercanías de Cienfuegos. Luego, la columna avanzaría de nuevo hacia occidente describiendo el famoso “lazo”. Las fuerzas mambisas combatieron en Calimete y, dos días después, el 1º de enero de 1896, penetraron en La Habana. El día 7 se separaron y mientras Maceo coronaba la Campaña invasora avanzando hasta Mantua, Gómez dio inicio a la Campaña de la Lanzadera en La Habana, para atraer sobre sí al enemigo español y facilitar la misión del Titán. En 42 días combatió en Ceiba del Agua, Mi Rosa, La Salud, Bejucal, San Agustín, Caimito, El Pilar, Las Cañas, La Luz, San Antonio de Las Vegas y San Nicolás.



¹⁶ Centro de Estudios Militares de las FAR: *Historia militar de Cuba*, tomo 3, vol. 2, 1ª parte, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2009, p. 36



El 19 de febrero, Gómez y Maceo se reencontraron y combatieron en Moralitos. Después realizaron acciones en Socorro, Navajas, Álava, El Arabo, Algarrobo y El Asiento. El 11 de marzo, en El Galeón, Mantanzas, se separaron para ya no verse más. Maceo inició la segunda Campaña de Pinar del

Río y Gómez retornó al centro y cruzó una vez más la trocha de Júcaro a Morón el 26 de mayo.

En junio, combatió en Saratoga, Camagüey; en julio, marchó a Santiago de Cuba, y en agosto, libró acciones conjuntas con Calixto García, en Gibara, Holguín. Regresó a Camagüey y sitió Cascorro, el 21 de septiembre. Operó en Puerto Príncipe y protagonizó las acciones de Lugones, El Desmayo, La Mariana y La Conchita. Volvió a cruzar la trocha y entre el 27 de enero de 1897 y el 26 de enero de 1898, desarrolló la Campaña de La Reforma, en la que realizó más de 25 acciones.

A pesar de la imagen de favorable actividad que se infiere, desde finales de 1895, la Campaña invasora y la labor del general en jefe se vieron constantemente obstaculizadas por el Consejo de Gobierno, que desviaba hacia Oriente las expediciones y no hacía llegar recursos, ni humanos ni materiales, al occidente, con la consecuente repercusión. La intromisión del Gobierno en el mando militar se agravó hasta repetir los errores cometidos en la Guerra Grande. Justo, la trágica caída en combate del lugarteniente general se produjo cuando acudía al llamado de Gómez para enfrentar esta situación. A los problemas con el Consejo de Gobierno y el dolor por la muerte del compañero y amigo, se añadiría la muerte de su hijo Panchito, en gesto de suprema lealtad hacia el Titán.

La Constitución de La Yaya, aprobada en octubre de 1897, minimizaba la autoridad de Gómez, pues el cargo de general en jefe no apareció en el texto, a la vez que se señalaba al secretario de la Guerra como superior jerárquico. Pese a ello, la autoridad del viejo general continuó siendo acatada por los oficiales y combatientes del Ejército Libertador.

Fracasada la política de “hasta el último hombre y la última peseta” y presionada por las acciones victoriosas del Ejército Libertador, que, incluso, utilizaba la naturaleza contra el enemigo, España se vio obligada a decretar el régimen autónomo el 1º de enero de 1898. Su situación era desesperada: según declaraciones de Gómez al periódico *Sun*, “Ya está cercano el término. España desangrada y arruinada no puede sostener la guerra un año más”.¹⁷

Por su parte, Estados Unidos comprendió que la codiciada “manzana” estaba a punto de escapársele. Sin embargo, sus contactos con Gómez ratificaron la intransigente posición del general con respecto a la independencia de Cuba, lo que, por supuesto, no convenía a sus intereses. Entonces se las arreglaron para intervenir en la guerra desconociendo al Consejo de Gobierno de la República de Cuba en Armas y, también, al general Máximo Gómez. La intervención estadounidense en la guerra arrebató a los cubanos el triunfo por el que habían combatido durante treinta años.

Campamento mambí.



En la paz

La guerra había concluido y Gómez estableció en el central Narcisa su cuartel general, donde se mantuvo a la expectativa, observando el desarrollo de los acontecimientos. Sus preocupaciones se evidencian en este texto que escribió en su *Diario de campaña* el 24 de septiembre de 1898:

La situación es, por demás aflictiva. Según lo pactado entre España y los Estados Unidos—la evacuación por parte de los españoles, de la Isla, se hará despacio y cómodamente, para después ocuparla los americanos. Mientras tanto, a los cubanos nos ha tocado el despoblado y por premio de nuestros servicios, de nuestro cruento sacrificio; el hambre y la desnudez, que hubieran sido más soportables en plena guerra que en esta paz, donde no nos es permitido ostentar nuestros laureles tan bien conquistados.

Pero no son instantes de comentarios y lo sensato es saber esperar.¹⁷

En su campamento
del central Narcisa.



¹⁷ Máximo Gómez: *Diario...*, ob. cit., p. 368.

Máximo Gómez, con las agentes Vencedor y Torcaza.



“Militar de experiencia y genio, (Gómez) fue el primero en comprender el método de guerra que debíamos emplear, dadas nuestras condiciones y recursos; y fue el precursor de aquella táctica incontrarrestable de los cubanos, en la que se aunaban, según las circunstancias, la audacia de Aníbal y la prudencia de Fabio”.¹⁹

Su forma audaz de combatir sin cesar, dando pruebas de extraordinaria actividad, movilidad y economía de fuerzas; sus ardidés y sorpresas, el empleo de la naturaleza y el clima para agotar y derrumbar al enemigo, lo convirtieron en un genial estratega.

También hizo uso de la inteligencia militar, bajo el concepto de que “[...] el medio más seguro es saber dónde, cuándo y cómo viene el enemigo”.²⁰ María Escobar, la agente Vencedor, fue su principal confidente y sus informes contribuyeron de forma notable al éxito de la Campaña de La Reforma. Al terminar la guerra, Máximo Gómez hizo su entrada al pueblo de Caibarién del brazo de esta patriota y de Antonia Ruiz, la agente Torcaza.

¹⁸ Manuel Piedra Martel: *Mis primeros 30 años*, La Habana, 1979, p. 138.

¹⁹ Ramón Infesta: Ob. cit., p. 223.

El Generalísimo Máximo Gómez, en su viaje hacia la capital, partió de Remedios en un tren especial el 8 de febrero de 1899. El recorrido pasó por los siguientes pueblos: Taguayabón, Camajuaní, Salamanca, Placetas, Floridano, Vega Alta, Encrucijada, Cifuentes, Sitiecito, Sagua la Grande, Cruces, Palmira, Cienfuegos, Santo Domingo, San Pedro, Colón, Jovellanos, Coliseo, Matanzas, Güines, San Felipe, Bejucañil, Ciénaga, Marianao...

En cada lugar, fue objeto de un caluroso recibimiento por parte de la población, tal y como ocurrió a llegada del viejo héroe mambí a la estación de ferrocarriles de Güines, antigua provincia Habana ...





Igual objeto de fervor popular sería la llegada a La Habana del mayor general Máximo Gómez Báez, hecho que ocurrió por la estación de trenes de Buena Vista, Marianao... o su paso con las tropas por la Calzada del Cerro.

El 24 de febrero entró en triunfo en La Habana, precedido por sus cornetas, seguido por la escolta, “puñado de valientes”, rodeado por ocho generales, asaltado por el entusiasmo delirante de un pueblo, abrumado por la montaña de flores que las mujeres —su devoción en el hogar, su esperanza en la guerra— arrojaba sin cubrirlos sobre sus laureles.²¹

Así marcharía, rodeado de héroes, por la Calzada del Cerro, hasta la Quinta de los Molinos.²²



²⁰ R. Infesta: Ob. cit., p. 208.

²¹ La Quinta de los Molinos, situada en La Habana extramuros, había sido la residencia campestre de los capitanes generales.

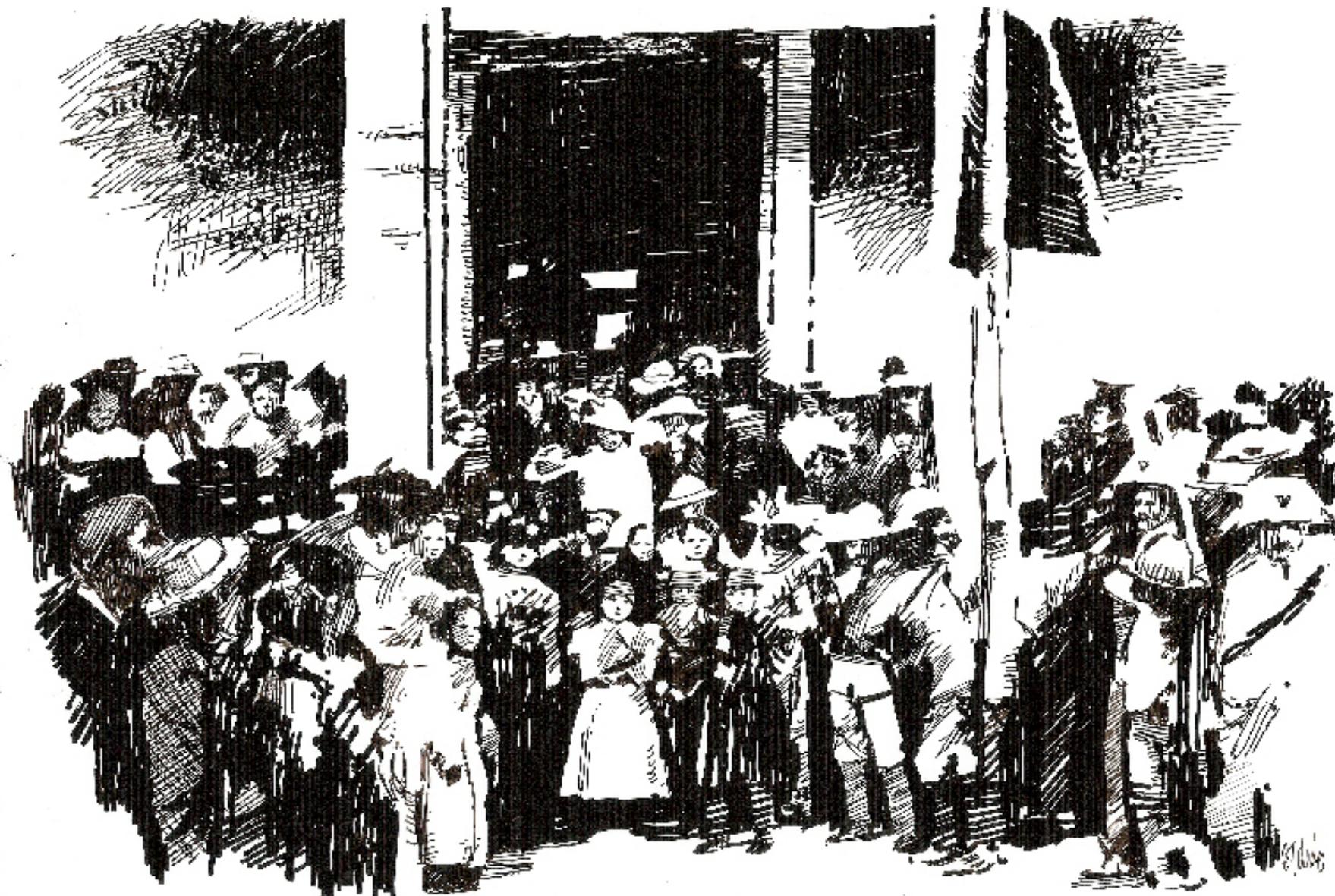
Casa del Cerro, donde funcionó la Asamblea.



El 24 de octubre de 1898, en Santa Cruz del Sur, Camagüey, comenzó a funcionar la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana. De allí se trasladó a la playa de Marianao, luego a la finca El Carmen, también en Marianao, y a El Cano. Desde el 3 de marzo y hasta su disolución el 4 de abril de 1899, sesionó en Calzada del Cerro no. 819, con el objetivo de lograr el reconocimiento oficial del gobierno de Estados Unidos y precisar la duración de la ocupación norteamericana.

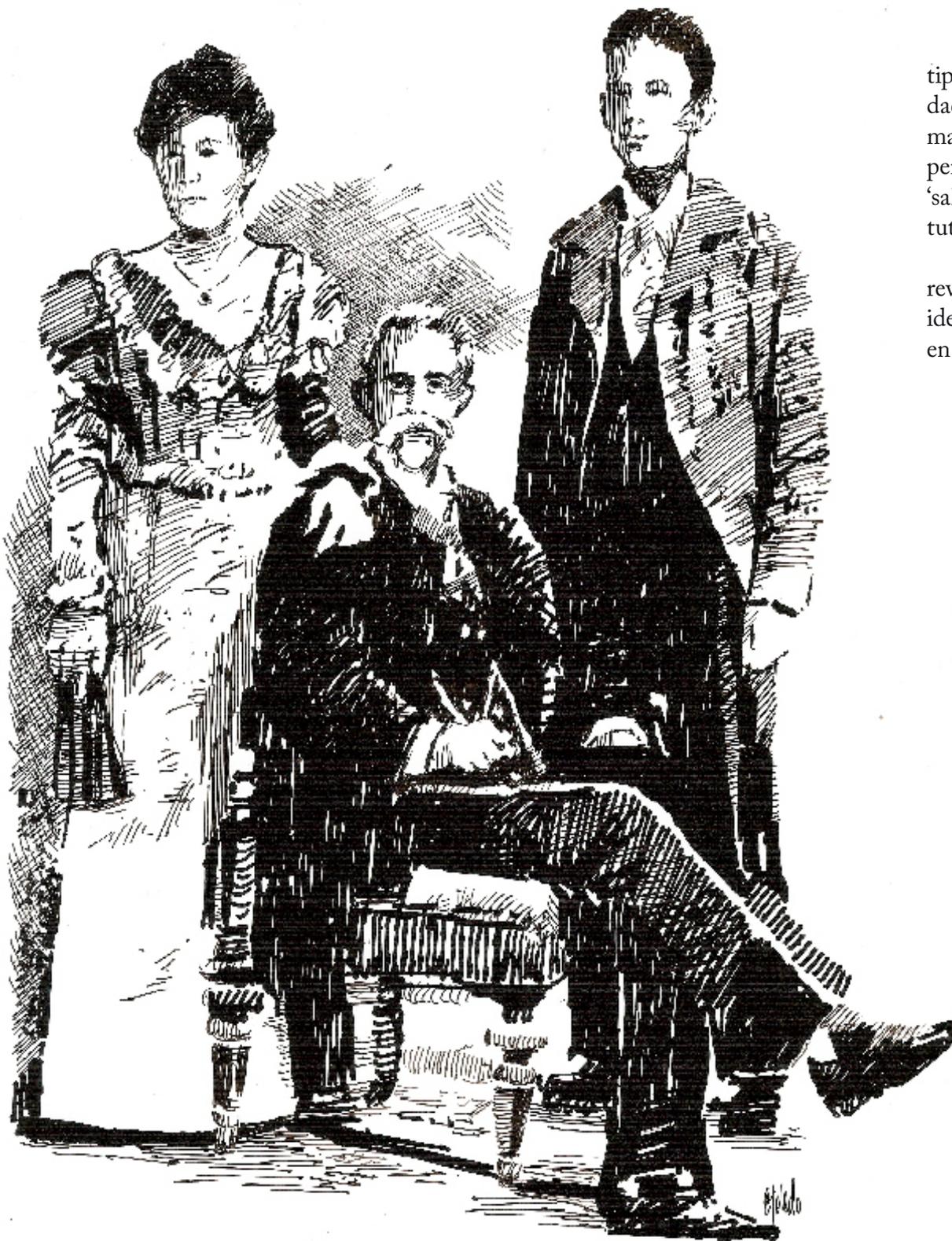
Desde el principio, Gómez había hecho saber a los asambleístas su preocupación por el establecimiento de la República en el más breve plazo posible. Desde el 6 de enero de 1899, planteó la necesidad de “[...] considerar la situación y determinar a seguidas la constitución de la República de Cuba”.²³

A causa de las contradicciones surgidas entre la Asamblea y Máximo Gómez, este órgano destituyó a Gómez del cargo de general en jefe, el 11 de marzo de 1899, hecho que provocó un gran rechazo en el pueblo y, de manera muy particular, en los miembros del Ejército Libertador, quienes unánimemente respaldaron al viejo guerrero. El apoyo del pueblo al héroe fue unánime; ello provocó que apenas tres días después la Asamblea se disolviera.



Gómez, a la salida de la Asamblea del Cerro.

²² Carta a la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes, 6 de enero de 1899, en Archivo Nacional de Cuba, fondo Máximo Gómez, leg. 20, no. 2872.



En esta etapa, Gómez realizó múltiples gestiones “[...] para buscar la unidad de todos los elementos dispuestos a mantener la vigencia del legado independentista, a su juicio, único modo de ‘salvar a este País lo más pronto, de la tutela que se nos ha impuesto’²⁴”²⁵

Su pensamiento independentista se revela con claridad meridiana en estas ideas que escribió el 8 de enero de 1899, en su *Diario de campaña*:

Los americanos están cobrando demasiado caro con la ocupación militar del País, su espontánea (*sic*) intervención, en la guerra que con España hemos sostenido por la Libertad y la Independencia. Nadie se explica la ocupación [...] La actitud del Gobierno Americano con el heroico Pueblo Cubano, en estos momentos históricos, no revela a mi juicio más que un gran negocio [...]²⁶

Junto a sus hijos Clemencia y Urbano, en La Habana, 1899.

²³ Máximo Gómez: *Diario de campaña*, ob. cit., p. 370.

²⁴ Yoel Cordoví Núñez: *Máximo Gómez. Selección de documentos (1895-1905)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, p. 24.

²⁵ Máximo Gómez: Ob. cit., pp. 370-371.



El 17 de septiembre 1889, se procedió a la exhumación de los restos del mayor general Antonio Maceo Grajales y del capitán Panchito Gómez Toro en El Cacahual. En aquel sitio se erigiría un panteón, costado por suscripción popular. Ese monumento original, obra del arquitecto Esteban Duque de Estrada, consistía en una columna trunca de base pentagonal con forma de obelisco y con las urnas funerarias al centro. Las piedras para la construcción fueron traídas de San Pedro, lugar de la caída en combate de ambos héroes.

El sencillo mausoleo erigido en honor de los héroes fue inaugurado el 7 de diciembre de ese mismo año en acto público, en el que hizo uso de la palabra Máximo Gómez, quien honró al amigo y compañero de cien batallas y al hijo entrañable. El general Gómez y la viuda de Maceo, María Cabrales, depositaron flores en la base del monumento.

Posteriormente ese monumento ha sido remodelado.

Máximo Gómez viajó el 26 de junio de 1901 a Estados Unidos, donde compartió con Alejandro González, amigo íntimo tanto del general, como de Antonio Maceo.

González había sido su secretario durante los dos años que duró el Plan Gómez-Maceo. A inicios de 1892, contribuyó a la creación y fue presidente del Cuerpo de Consejo en Kingston, Jamaica, donde residía. En octubre de 1894, viajó a Nueva York, bajo el seudónimo de Antonio Galindo, para incorporarse a la partida hacia Costa Rica del *Amadís*, una de las tres embarcaciones que componían el Plan de Fernandina. Fracasado este empeño, regresó a Kingston.



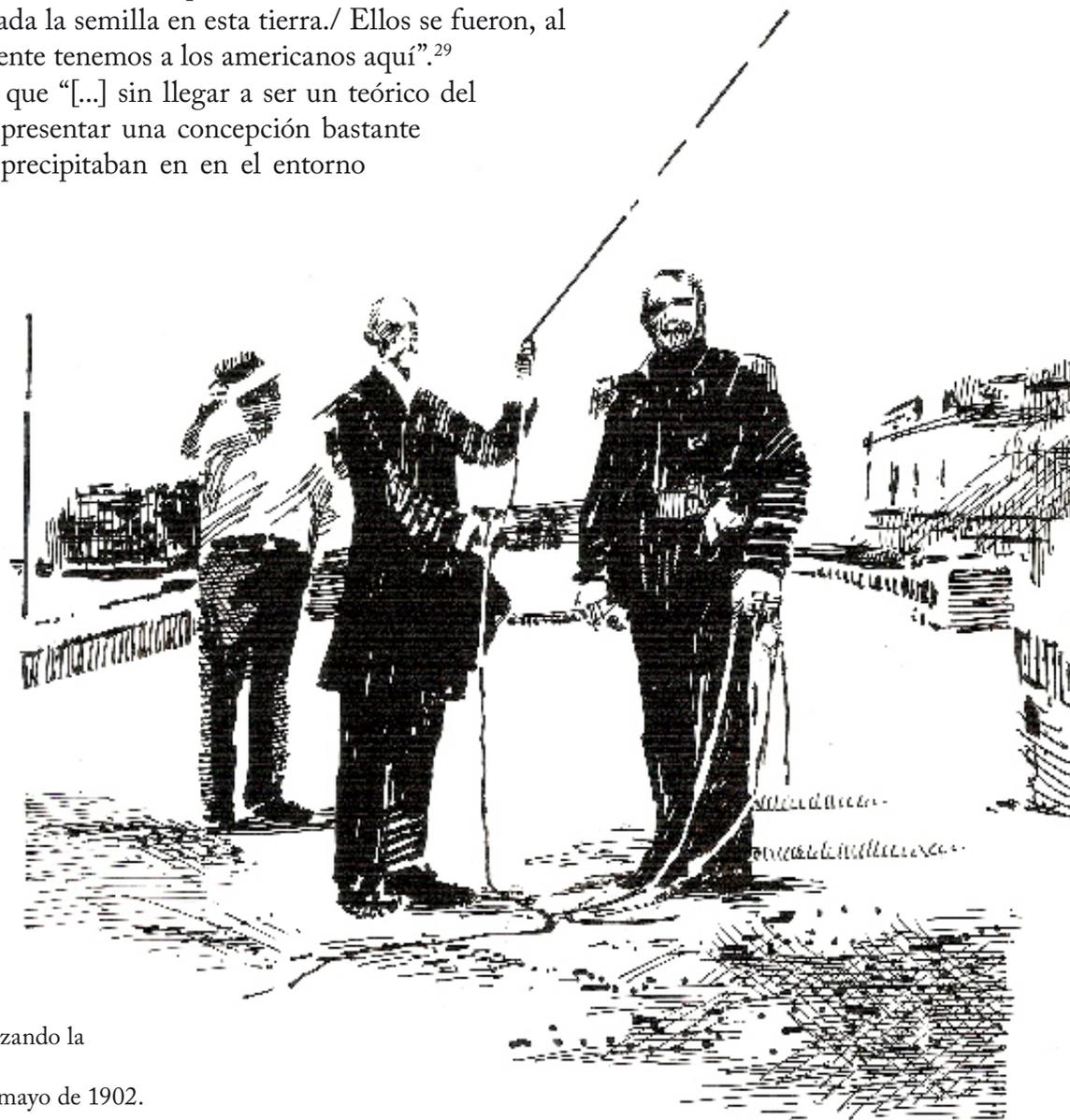
Gómez y Alejandro González
en Nueva York.

Una vez terminada la guerra, Gómez continuó batallando por la instauración de la República y el fin de la dominación extranjera en la Isla. Solo bajo esa consideración deben entenderse sus palabras pronunciadas el 20 de mayo: “Se ha triunfado. La República se inaugura y queda realizado, como una hermosa realidad, el ideal [...] suspirado por el corazón de un gran pueblo”.²⁷

Sin embargo, lo cierto es que Gómez no se engañaba: “Cuba, al inaugurar la República, ha quedado tan íntimamente ligada en lo político como en lo mercantil a la gran República Americana [...], ahí tenemos la ley Platt, eterna licencia convertida en obligación para inmiscuirse los americanos en nuestros asuntos”.²⁸

De igual modo afirmó: “Con la intervención armada, con la gobernación de la Isla por tres años [...], con su oro, con sus mil artilleros ocupando las fortalezas, con todo eso, han dejado los americanos bien regada la semilla en esta tierra./ Ellos se fueron, al parecer es verdad [...], pero moralmente tenemos a los americanos aquí”.²⁹

Por todo ello se ha considerado que “[...] sin llegar a ser un teórico del fenómeno imperialista [...] llegó a presentar una concepción bastante nítida sobre los problemas que se precipitaban en el entorno cubano”.³⁰



Gómez izando la
bandera
el 20 de mayo de 1902.

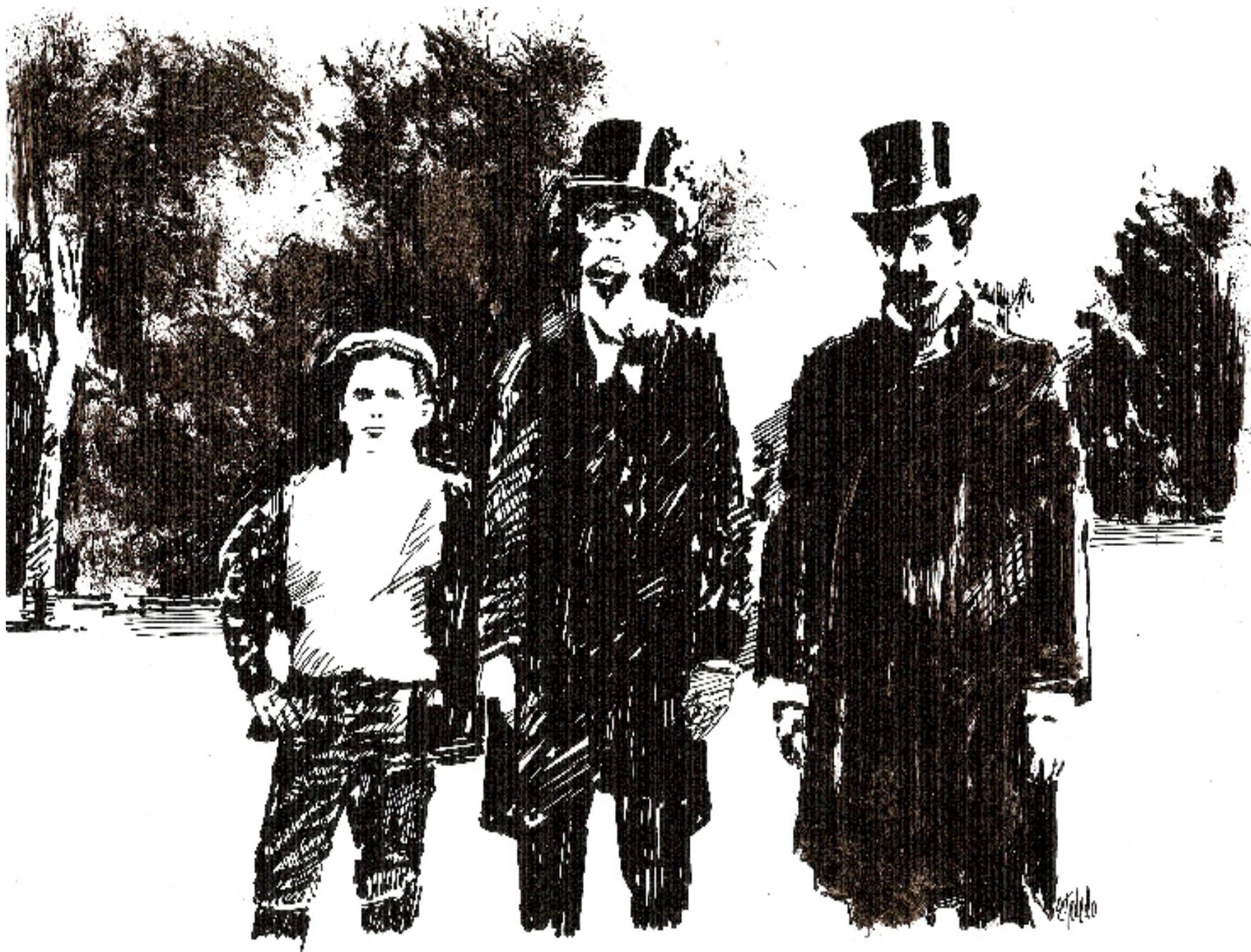
²⁶ Máximo Gómez: “El 20 de mayo de 1902. Fecha feliz y venturosa para el pueblo cubano”, en Yoel Cordoví: Ob. cit., p. 278.

²⁷ _____: “Porvenir de Cuba”, en Yoel Cordoví: Ob. cit., p. 280.

²⁸ Ibídem, p. 281.

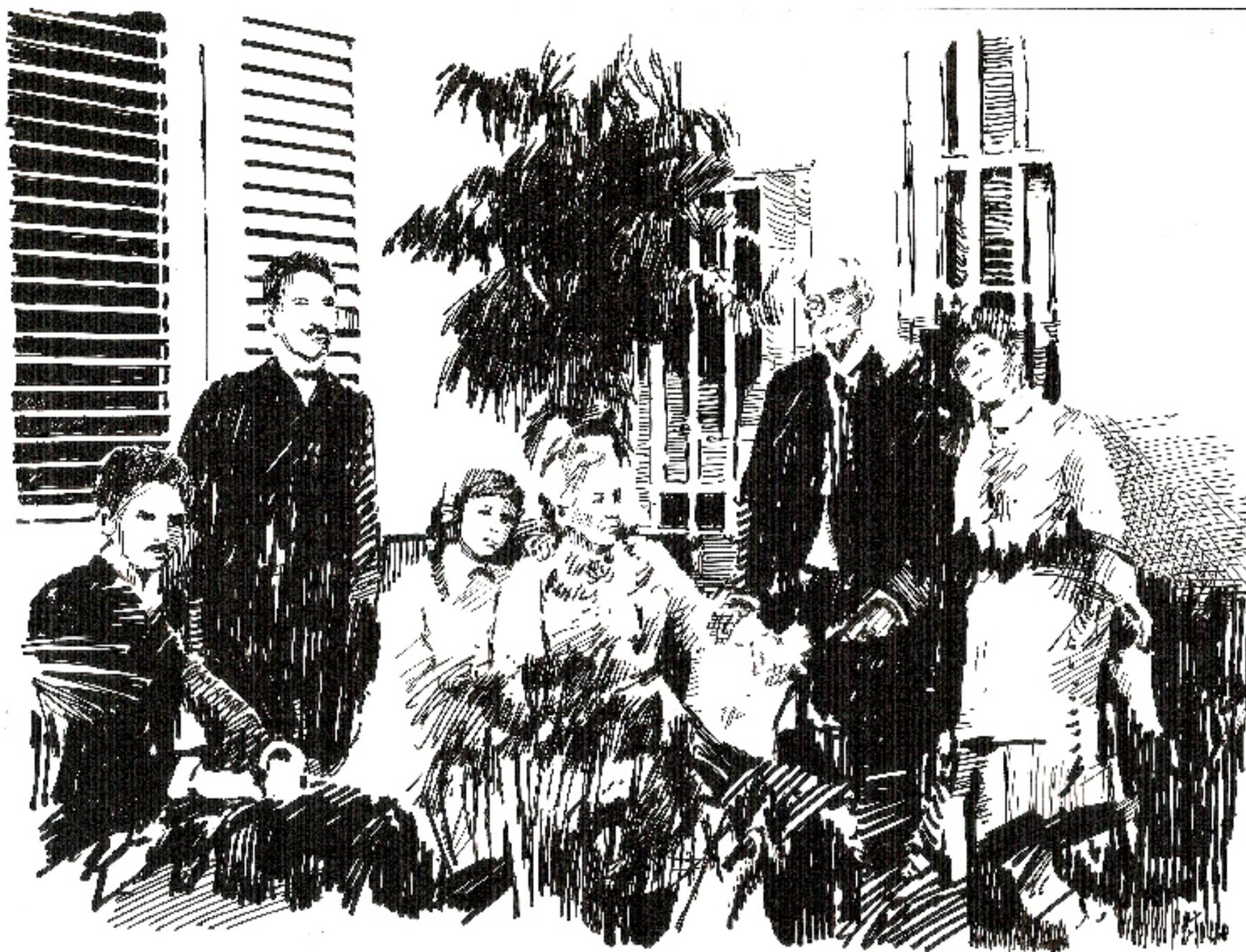
²⁹ Yoel Cordoví: Ob. cit., pp. 27-28.

En 1903, Máximo Gómez viajó a Washington. En la imagen, puede vérselo junto a Gonzalo de Quesada, el amigo y discípulo de José Martí, y el niño Carlos Fonts. La foto original fue tomada por José F. Campillo, quien era secretario de Quesada.





En la casa de Galiano no. 45, en La Habana pasó Gómez algún tiempo al final de su vida. La imagen permite verlo junto a su esposa Bernarda Gómez Toro, sus hijas Clemencia y Margarita y la señora María Luisa Arredondo, en el patio de la vivienda, en el año 1904.



Junto a su esposa e hijos: Clemencia, Máximo, Bernardo y Margarita,
en el patio de la casa de la calle Galiano.



“A Manana de tu Máximo, 4 de mayo 1904”. Así dice el reverso de la foto original: no hace falta más para cerrar un amor tan grande como el que unió a esta pareja.

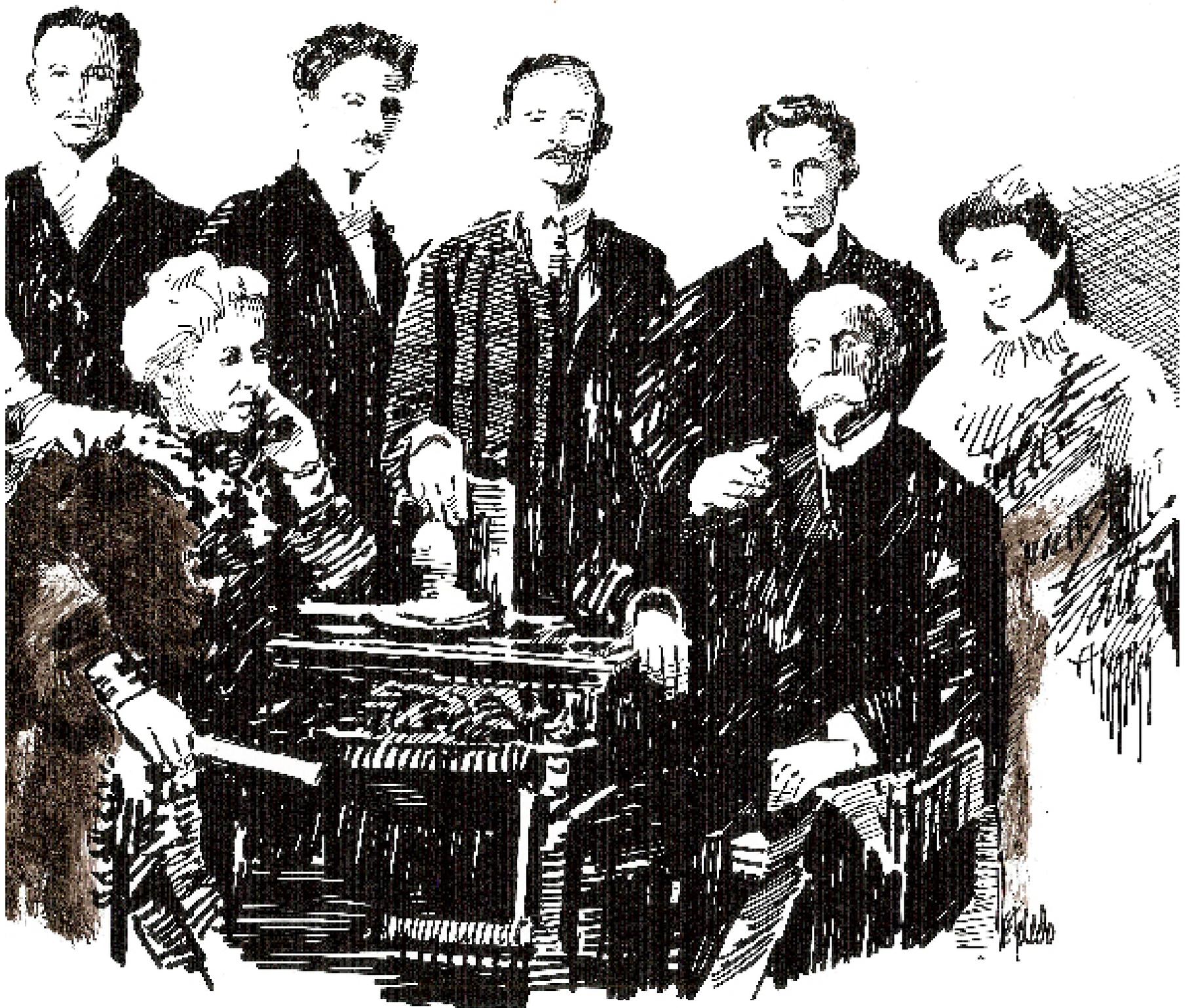


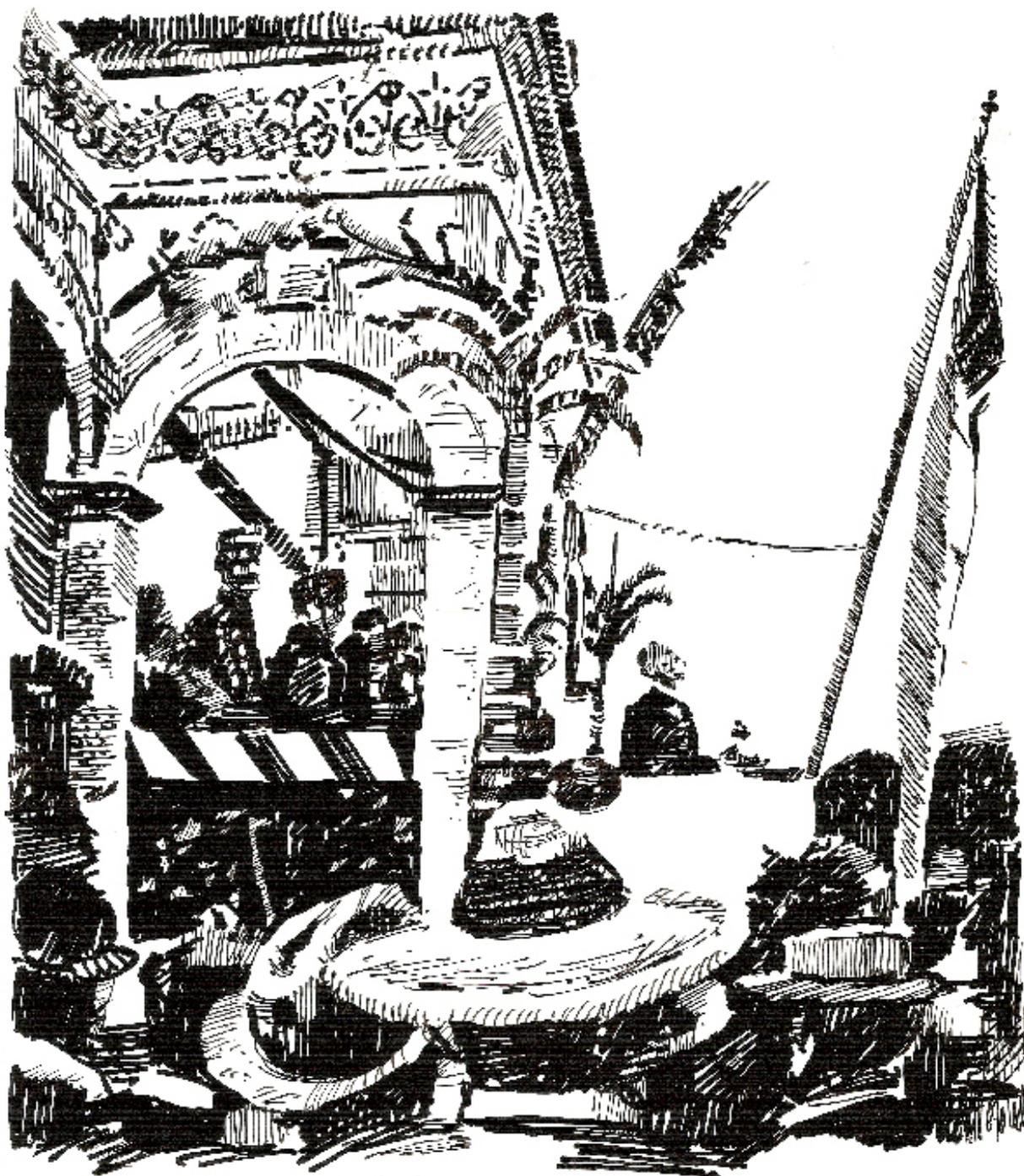
Foto de familia tomada en 1905, junto a su esposa y sus hijos Clemencia, Máximo, Bernardo, Urbano, Andrés y Margarita.

Diez años después de la caída en combate de José Martí, el Apóstol de nuestra independencia, fue develada, en el Parque Central de La Habana, la primera estatua en su homenaje. Este hecho ocurrió el 24 de febrero de 1905 y contó con la presencia de centenares de habaneros, que se mezclaron con veteranos, familiares y amigos.

A las nueve de la mañana de ese día, en que se conmemoraba el inicio de la guerra necesaria organizada por Martí, se escuchó una salva de veintiún cañonazos, seguida de los acordes del Himno Invasor. Luego, el general Máximo Gómez Báez izó la enseña nacional desde la tribuna —una especie de glorieta, en la que se encontraban el presidente Tomas Estrada Palma, amigo personal de Martí; su madre, Leonor Pérez Cabrera; su viuda, Carmen Zayas-Bazán; el general Julio Sanguily; Juan Gualberto Gómez; el Dr. Carlos Juan Finlay y otros familiares y personalidades—. Con breves y sentidas palabras, Gómez se refirió a quien durante

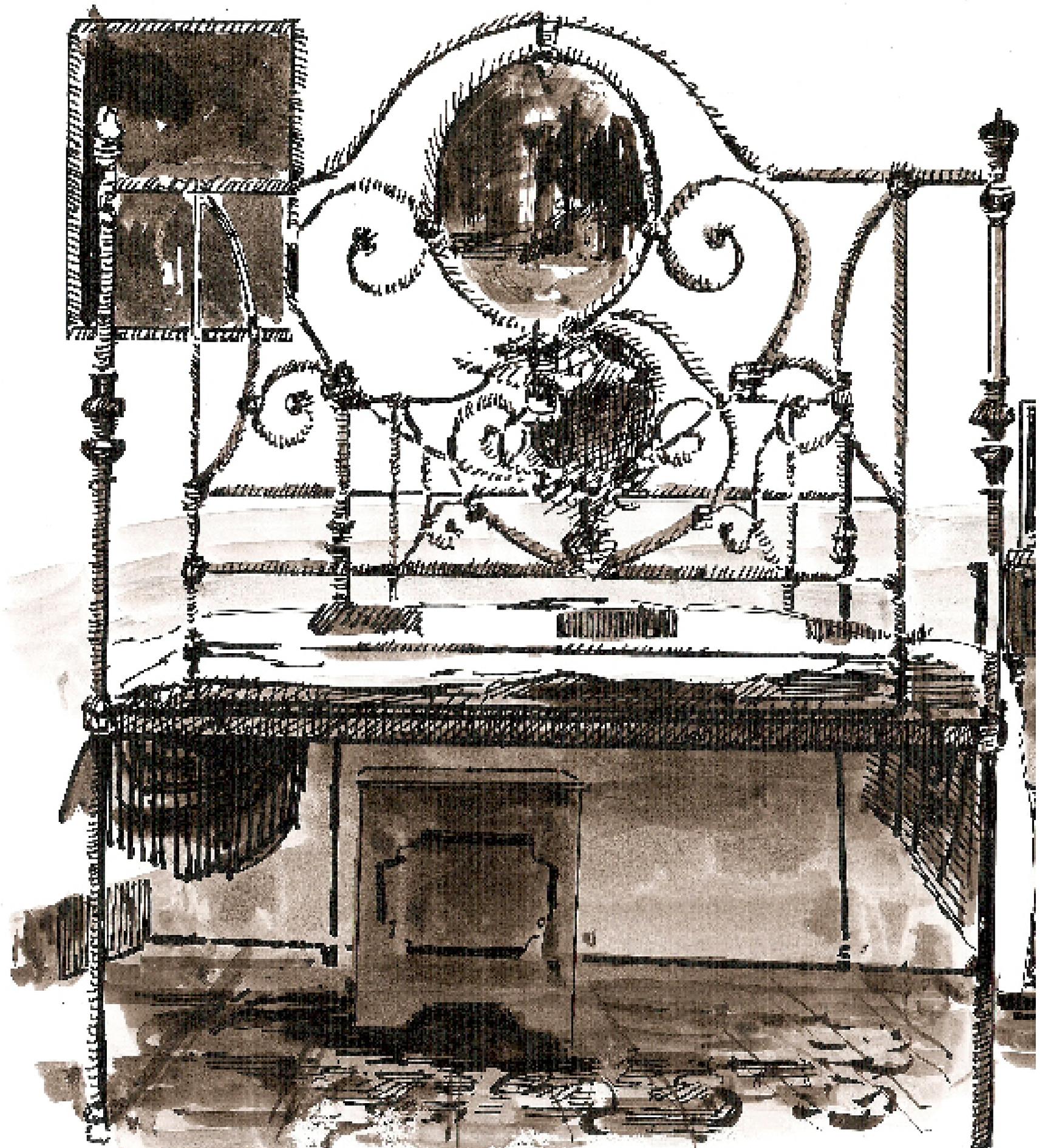
te la preparación de la guerra y el recorrido por la heroica ruta había sido su amigo entrañable, “el mejor de los compañeros y el alma del levantamiento”. Después, a los acordes del Himno Nacional, Estrada Palma develó la estatua creada por José Villalta Saavedra.

Esta fue la última aparición de Máximo Gómez en público.





El 17 de junio de 1905, murió el mayor general Máximo Gómez Báez; su deceso ocurrió en la casona de 5a y D, junto al teatro Amadeo Roldán, en el Vedado capitalino.



Esa edificación pertenecía al Obispado de La Habana e iba a ser demolida, razón por la que Benito Lagueruela y Vicente Font, dos cardenenses, realizaron gestiones para rescatar la habitación donde había fallecido el Generalísimo. Como consecuencia de su labor, el Obispado hizo “[...] donación gratuita al Museo Oscar María de Rojas, de Cárdenas, de los techos, pisos, y puertas que constituyen la citada habitación del ángulo derecho del frente de la casa [...] en la que falleció [...] el ilustre General del Ejército Libertador de Cuba [...]”, según consta en acta notarial fechada el 28 de octubre de 1908.

En piezas, la habitación fue trasladada a Cárdenas, la Ciudad Bandera, y montada entre el 18 de enero y el 1º de marzo de 1909, en el antiguo local del Museo y Biblioteca Pública, ubicado en la Ave. de Vives, frente al parque Martí. El montaje respetó no solo la estructura, sino incluso la orientación con respecto a los puntos cardinales, así como el color de la pintura de las paredes, ventanas y techos. De hecho, la habitación en que falleció Gómez fue el primer monumento trasladado en Cuba.

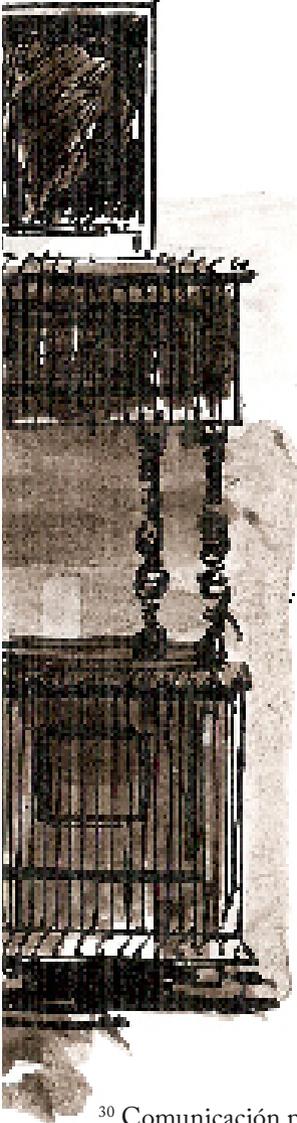
Años después, en 1913, Margarita, la hija menor de Gómez, visitó aquel cuarto y quedó muy impresionada por su fidelidad a la habitación original; ello propició que Urbano, otro de los hijos del Generalísimo, donara el mobiliario del dormitorio para ubicarlo en la pieza reconstruida.

En 1984, a petición de Elvira, hija del general Carlos María de Rojas, la habitación de Máximo Gómez se trasladó para el Centro de Veteranos, en cuyo patio se ubicó en el primer semestre de 1986. Fue entonces que el cuarto fue colocado en posición similar a la que ocupaba en la casa de 5ª y D y, en su interior, se situaron no solo los muebles donados por Urbano, sino también otras valiosas piezas vinculadas con el gran dominicano.

El nuevo emplazamiento fue inaugurado el 30 de julio de 1986, año en que se celebraba el 150 aniversario del natalicio del insuperable jefe mambí, con la presencia del Comandante de la Revolución, Juan Almeida Bosque, presidente de la Comisión organizadora de las actividades conmemorativas; Pedro Máximo Vargas Gómez, nieto del Generalísimo; familiares de veteranos de nuestras guerras de independencia; dirigentes y pueblo en general.

A partir de entonces el Centro de Veteranos —ocupa el edificio del antiguo Cuartel de Caballería del Ejército español— adoptó el nombre del insigne jefe del Ejército Libertador.

De esa forma, se ha preservado para la historia una invaluable reliquia.³⁰



Mucho debemos los cubanos
a este dominicano
sin cuyo nombre es imposible contar
la historia de nuestra patria,
a la que se entregó con fervor y desinterés desde
los primeros tiempos
de nuestras guerras libertarias.

³⁰ Comunicación personal de Ernesto Álvarez Blanco, historiador y museólogo de Cárdenas.

